CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA
Dirigidos por
Emilio Roig de Leuchsenring
Historiador de la Ciudad de La Habana
29

EL CINCUENTENARIO DEL 95

I

DOS EFEMÉRIDES GLORIOSAS,
por Emilio Roig de Leuchsenring.

ORGANIZACIÓN DE LA GUERRA.
EL 24 DE FEBRERO,
por Félix Lizaso.

IDEARIO DE LA REVOLUCIÓN,
por Emilio Roig de Leuchsenring.

OPERACIONES MILITARES CUBANAS,
por Miguel Varona Guerrero.



MUNICIPIO DE LA HABANA
Administración del Alcalde
Dr. Raúl G. Menocal
1945

Publicaciones de la
Oficina del Historiador de la Ciudad

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana,
t. I, 1550-1565, con un prefacio y un estudio prelimar por **Emilio Roig de Leuchsenring**, 2 vols.

———, t. II, 1566-1574.

Historia de La Habana,
por **Emilio Roig de Leuchsenring**, I, Desde sus primeros días hasta 1565.

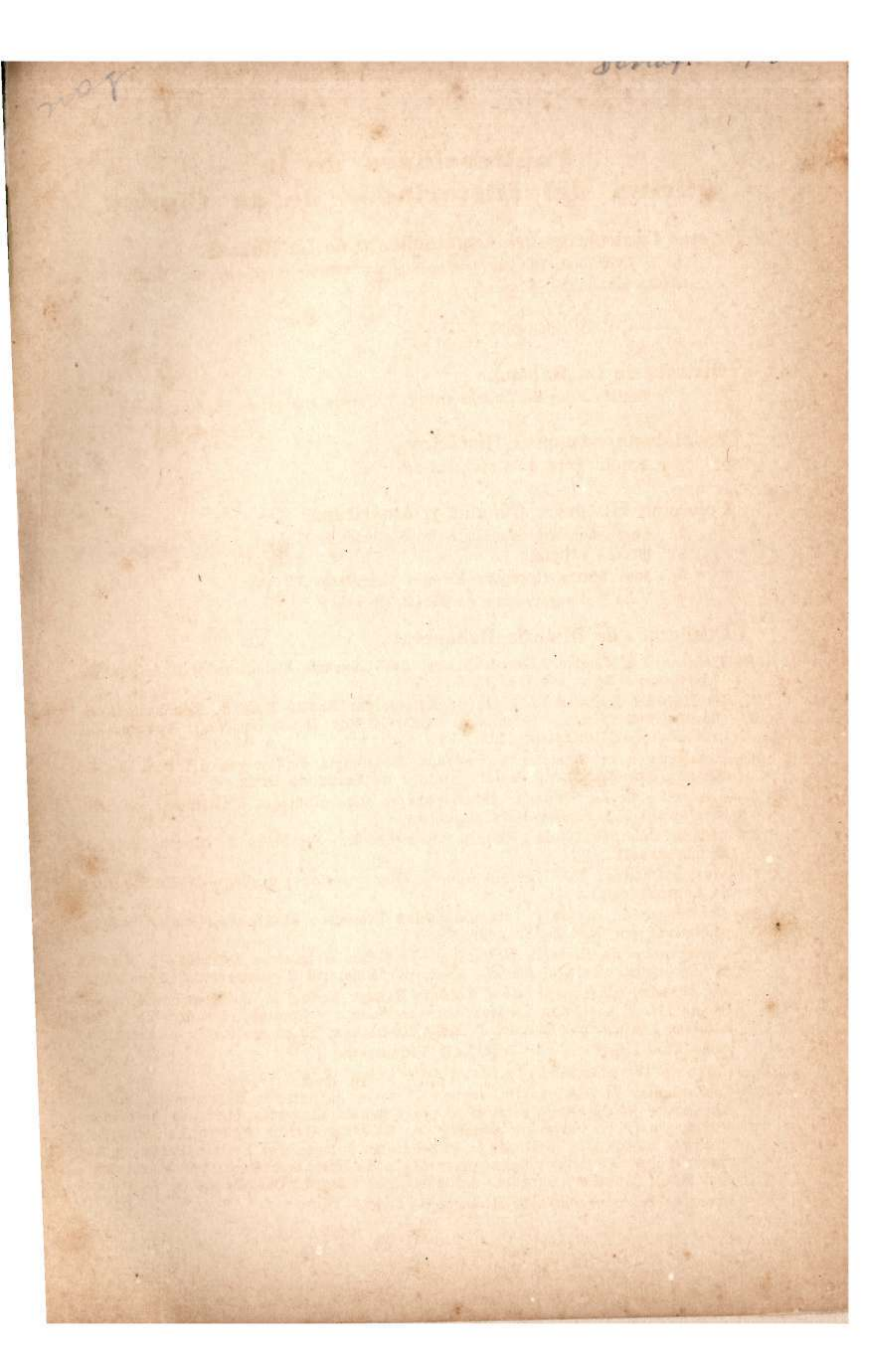
La Habana. Apuntes Históricos,
por **Emilio Roig de Leuchsenring**.

Colección Histórica Cubana y Americana:

1: Curso de Introducción a la Historia de Cuba.
2: Hostos y Cuba.
3: **José María Heredia**.—Poesías Completas (2 vols.).
4: Vida y Pensamiento de Martí (2 vols.).

Cuadernos de Historia Habanera:

1.—Homenaje al ilustre habanero Pbro. José Agustín Caballero y Rodríguez en el centenario de su muerte. 1835-1935.
2.—La Habana antigua: La plaza de Armas, por **Emilio Roig de Leuchsenring**.
3.—Claudio José Domingo Brindis de Salas (El Rey de las Octavas). Apuntes biográficos, por **Nicolás Guillén**.
4.—Homenaje a la Benemérita Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, por **Adrián del Valle**. Prólogo de **Fernando Ortiz**.
5.—Las calles de La Habana. Bases para su denominación. Restitución de nombres antiguos, tradicionales y populares.
6.—Ideario Cubano: I.—José Martí. (*Recopilación y prólogo* de **Emilio Roig de Leuchsenring**).
7.—Ideario Cubano: II.—Máximo Gómez. (Recopilación y prólogo de **Emilio Roig de Leuchsenring**).
8.—Autobiografía, cartas y versos de **Juan Francisco Manzano**. (Con un estudio preliminar por **José L. Franco**).
9.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—I. Nicolás M. Escovedo, el ciego que vió claro, por **Emeterio S. Santovenia**; Pozos Dulces, el inútil vidente, por **José Antonio Ramos**; Rafael M. de Mendive, el maestro de Martí, por **Félix Lizaso**; Anselmo Suárez y Romero, el cantor de la naturaleza guajira, por **Manuel I. Mesa Rodríguez**; El compositor y pianista Nicolás Ruiz Espadero, por **José Luis Vidaurreta**.
10.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—I.
11.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—II. Miguel Aldama, o la dignidad patriótica, por **Joaquín Llaverías**; Lorenzo Meléndez, o el negro en la educación cubana, por **Salvador García Agüero**; Antonio Bachiller y Morales, el padre de la bibliografía cubana, por **Fermín Peraza y Sarausa**; Felipe Poey, el máximo naturalista de Hispanoamérica, por **Mario Sánchez Roig**; Muerte y exequias de Martí, por **Gerardo Castellanos G.**
12.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—II.



CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

29

EL CINCUENTENARIO DEL 95

I

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA
Dirigidos por
Emilio Roig de Leuchsenring
Historiador de la Ciudad de La Habana
29

EL CINCUENTENARIO DEL 95

I

DOS EFEMÉRIDES GLORIOSAS,
por Emilio Roig de Leuchsenring.

ORGANIZACIÓN DE LA GUERRA.
EL 24 DE FEBRERO.
por Félix Lizaso.

IDEARIO DE LA REVOLUCIÓN,
por Emilio Roig de Leuchsenring.

OPERACIONES MILITARES CUBANAS,
por Miguel Varona Guerrero.

MUNICIPIO DE LA HABANA
Administración del Alcalde
Dr. Raúl G. Menocal
1945

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA
Dirigidos por
Emilio Roig de Leuchsenring
Historiador de la Ciudad de La Habana
29

EL CINCUENTENARIO DEL 95
I

DOS EFEMÉRIDES GLORIOSAS,
por Emilio Roig de Leuchsenring.

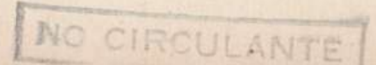
ORGANIZACIÓN DE LA GUERRA.
EL 24 DE FEBRERO,
por Félix Lizaso.

IDEARIO DE LA REVOLUCIÓN,
por Emilio Roig de Leuchsenring.

OPERACIONES MILITARES CUBANAS,
por Miguel Varona Guerrero.



MUNICIPIO DE LA HABANA
Administración del Alcalde
Dr. Raúl G. Menocal
1945



Nota Preliminar

En conmemoración de una de las más gloriosas efemérides del presente año, la del cincuentenario de aquel 24 de febrero de 1895 que señala el inicio de nuestra última guerra de independencia, la Oficina del Historiador de la Ciudad, en colaboración con la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, celebró desde el 23 de febrero al 28 de marzo un ciclo de seis conferencias, bajo el título general de El Cincuentenario del 95, *para el que se había preparado el siguiente programa:*

Organización de la Guerra. El 24 de Febrero, *por Félix Lizaso.*

Ideario de la Revolución, *por Juan Marinello.*

Operaciones militares cubanas, *por Miguel Varona Guerrero.*

España en Cuba: gobernantes y voluntarios, *por Emilio Roig de Leuchsenring.*

El combatiente cubano en función de pueblo, *por Juan Luis Martín.*

Asamblea y Constitución de Jimaguayú, *por Enrique Gay-Calbó.*

Por haberle sido imposible al Dr. Marinello ofrecer su anunciada conferencia, desarrollamos nosotros el tema que le había sido encargado.

Ofrecemos en el presente Cuaderno de Historia Habanera *las tres primeras disertaciones así como las palabras inaugurales del ciclo, cuya publicación terminaremos en el* Cuaderno *próximo.*

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING,
Historiador de la Ciudad.

Dos Ecuatorianas Gloriosas,

por Emilia [illegible]

[illegible]

[illegible]

Ahora además, [illegible]

[illegible]

Dos Efemérides Gloriosas,

por Emilio Roig de Leuchsenring

Inicia hoy la ciudad de La Habana, y con ella la República, la conmemoración de dos efemérides gloriosas de nuestra epopeya revolucionaria libertadora: el cincuentenario de la última guerra cubana de independencia, que estalló el 24 de febrero de 1895, y el centenario del nacimiento, en la heroica tierra oriental, de Antonio Maceo, Lugarteniente General del Ejército Libertador.

Era natural que los actos rememorativos de tan trascendentales acontecimientos patrios que han de realizarse durante el año en todo el territorio nacional fueran iniciados por el Municipio de La Habana, porque en él tiene su asiento la capital de la República surgida de aquella contienda independentista, obra en la que puso su corazón, su talento y su brazo el héroe de la cívica protesta de Baraguá, estratega de la Invasión, vencedor en Peralejo, Mal Tiempo, Coliseo y en mil otros combates.

Abona, además, esta prioridad conmemorativa la circunstancia de tener nuestra municipalidad, desde hace ahora precisamente diez años, una Oficina, la del Historiador de la Ciudad, consagrada de modo especial a la investigación, el estudio y la divulgación de la historia patria, deber que nos sentimos orgullosos de haber cumplido, mediante conferencias, exposiciones y Congresos Nacionales de Historia, contando con la eficientísima cooperación de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Y es justicia reconocer que el Alcalde Dr. Raúl G. Menocal ha sido en todo momento animador y mantenedor de estas actividades histórico-culturales.

Estas dos efemérides ofrecen ocasión magnífica para que los historiadores cubanos divulguemos los resultados y conclusiones de las investigaciones y los estudios realizados sobre nuestras luchas independentistas, esclareciendo la verdad histórica, rectificando errores y falsedades sobre personajes y acontecimientos y dándole

al proceso forjador de nuestra nacionalidad la exacta interpretación que nos ofrece el análisis y crítica de las raíces y los factores económicos, sociales e internacionales que han intervenido en nuestro desenvolvimiento colonial y ascenso a nación con fisonomía e ideales propios, abandonando el viejo sistema de convertir el relato histórico en la biografía de héroes y gobernantes, haciendo y presentando, en cambio, la historia del pueblo cubano, sin dejar de darle, desde luego, a aquéllos la participación que en ésta realmente les corresponde.

Bien necesitados estamos los cubanos de conocer la verdadera historia de nuestra patria, y en especial de la contribución, sin paralelo, de Cuba a la causa de la democracia durante cerca de dos siglos de lucha por la libertad, porque ese conocimiento echará por tierra el fatal derrotismo en que ha vivido hasta ahora nuestro pueblo, por obra y desgracia de la mentira y tergiversación de la realidad histórica.

Se le ha hecho creer que es un pueblo incapaz de valerse por sí mismo, porque después de ese largo y cruento pelear, necesitó que el extraño viniese a conquistarle la libertad; se le ha llegado a decir que nuestra última revolución independentista había sido un fracaso militar, y un fracaso político el empeño, creador de una nacionalidad, de los patriotas separatistas, y que los tropiezos y las crisis que la República ha confrontado se deben a haber seguido el camino de la revolución en lugar del de la evolución bajo el dominio español, que predicaban los autonomistas; y hasta se ha mentido cínicamente tratando de negar o justificar los errores y los horrores del absolutismo metropolitano en Cuba y en América.

Así, la generación actual cubana puede decirse que desconoce por completo lo que fué Cuba colonial, las razones poderosísimas que asistieron a los Varela, Arango Parreño, Escobedo, Luz y Caballero, Saco, Pozos Dulces y otros ilustres patricios, anatematizadores del despotismo metropolitano y propugnadores de justicia, cultura y libertad para su patria; las persecuciones, los sacrificios y las penalidades padecidos en las poblaciones y en los campos, en la manigua y en el exilio, por los miles y miles de patriotas—de cuya gran mayoría no se conserva en nuestros días ni siquiera el recuerdo de sus nombres— que durante más de una centuria abandonaron hogar, familia, bienestar, honores, riquezas, por conquistar

una patria de libertad y de decoro para ellos y para sus hijos y los hijos de sus hijos; se piensa que Aguilera, Céspedes, Agramonte, Martí y Maceo, más que por sus hazañas, son grandes en nuestra historia por haber muerto a tiempo: a tiempo de no haber llegado a la República, convirtiéndose en ella, como han hecho tantos "prominentes" veteranos, en interesados aprovechadores de sus méritos pasados, para desgracia y ruina de la nación...

Así, han sido presentados nuestros aborígenes como gente infeliz, haragana, viciosa, cobarde, cuando es lo cierto que, capitaneados por Hatuey, Guamá y otros caciques, pelearon continuamente durante diez años contra los conquistadores españoles, mereciendo que todo un Emperador y Rey, Carlos V, les declarase oficialmente la guerra.

Así, reiteradamente, se ha tratado de quitar del paseo que lleva su nombre la estatua de Carlos III, el único monarca español que ha través de sus ministros liberales, masones y progresistas, promulgó disposiciones beneficiosas para nuestro país, y al que fué rendido ese homenaje por concurso celebrado por la Sociedad Económica de Amigos del País y costeada su estatua por suscripción popular; y, por el contrario se levantan olas de protesta o se ofrece resistencia pasiva incontrastable cada vez que hemos querido arrojar fuera de esta plaza que sin perder su viejo nombre de Plaza de Armas se llama de Céspedes, la estatua del rey felón Fernando VII, símbolo abyecto de todos los reaccionarismos, maldades y bajezas, por cuya deposición votó nuestro Varela en las Cortes españolas el año 1823, mereciendo por ello después el esclarecido cubano que aquél lo condenase a muerte; con la circunstancia hasta humillante para nosotros de que, mientras en la propia España desaparecieron desde hace más de un siglo todos los monumentos que se habían erigido a personaje tan odioso, en Cuba conservamos dos, éste de La Habanay otro en Matanzas.

Así, mientras se trata de ocultar el despotismo desenfrenado de Tacón, celebrando su labor constructiva en el ramo de Obras Públicas, casi se ignora la existencia del benemérito don Luis de las Casas, el mejor gobernante de Cuba colonial; y para acallar cualquier justo ataque a Weyler, se invoca la improcedencia de revivir lo que pertenece al pasado y podría quebrar la cordialidad hispano-cubana.

Así, se miente malvadamente, acusando a Céspedes de haber libertado a sus esclavos después de vendidos o cuando ya los había perdido; se tilda a Martí de iluso y romántico—a él, tan justamente comprendido por Darío al considerarlo genio de América, "verdadero superhombre, grande y viril, poseído del secreto de su excelencia, en comunicación con Dios y con la Naturaleza"—, y se trata de buscarle máculas en su vida amorosa como podría hacerse con cualquier vulgarísimo burócrata, padre de familia, cuya única misión en el mundo es recorrer, mañana y tarde, el camino de su casa a la oficina y de la oficina a su casa; y se dice que en Dos Ríos Martí fué voluntariamente al suicidio: ¡el hombre que horas antes trazaba a Manuel Mercado todo un vastísimo plan de futuras actividades en la Revolución, con vistas a la República! Se chismea sobre el racismo de Maceo y sobre su muerte, por ese motivo, a manos de los propios cubanos: de Maceo, ¡el más antirracista de todos los cubanos!

¿Consecuencias de este estado de cosas?

Que la Colonia no acabe de ser liquidada, y superviva, injertada en la armazón republicana, y que el cubano no ame a la República, porque no cree en ella, considerándola patria de poco más o menos, y juzgándose paria en su propio país, que debe afanarse en hacer fortuna rápida y cuantiosa, en los negocios privados o en la vida pública, ante que todo se lo lleve la trampa, por la incapacidad de los de casa y la codicia de los de fuera.

Nó, amigos. En los dos ciclos de conferencias que, organizados por la Oficina del Historiador de la Ciudad y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, iniciamos hoy, encontrarán ustedes plena e irrebatiblemente demostrado que la revolución cubana emancipadora no constituye un fracaso en la historia de nuestro desenvolvimiento político. Ella fué la consecuencia inevitable del desastroso régimen colonial español, de la ineptitud y de la ceguera de todos sus políticos y gobernantes, empeñados en mantener a Cuba, de manera inalterable, en la tristísima condición de colonia—factoría gobernada a distancia, sin estudio de ninguno de sus problemas y necesidades. La revolución, vista ya en la remota fecha de 1824, por la mirada genial de Félix Varela, como el único medio de que Cuba lograra, por la fuerza de las armas, lo que jamás España iba a concederle por las buenas—justicia y libertad, bienestar y engrandecimiento—, la revolución no fué una algarada

de inconscientes aventureros o impacientes descontentos, sino el recurso último a que los cubanos acudieron después de haber comprobado una y mil veces que jamás los gobernantes españoles acogerían sus quejas y sus demandas.

Nuestra revolución emancipadora cumplió el papel histórico a ella reservado. Mientras Cuba hubiera permanecido bajo el gobierno de España no era soñable pensar en mejoras evolucionistas de ninguna clase, porque nadie da a otro lo que no tiene para sí; y de España era imposible que los cubanos recibieran en momento alguno enseñanza de buen gobierno y administración públicos, por la elocuentísima razón de que aún en los días presentes España no ha podido aplicarlas al gobierno y administración de su propio país.

No cabe tampoco, por las razones señaladas, presentar en defensa del procedimiento evolucionista el ejemplo del Canadá, pues ya dijo muy certeramente Francisco Figueras en su famoso libro *Cuba y su evolución colonial* que "hacer de Cuba un Canadá, implica hacer de España una Inglaterra".

Los tropiezos, las caídas y las crisis que la República ha sufrido de 1902 a la fecha no es lógico ni justo atribuirlos a la revolución libertadora, sino a otras muy diversas y muy complejas causas que sólo enunciaremos aquí: desastrosos ejemplos y educación políticos, gubernativos y administrativos recibidos por los cubanos durante cuatro siglos de despotismo explotador; sujeción económica de Cuba, ya en los días finales de la dominación española, a la gran potencia vecina norteamericana; peculiarísima forma en que, aparentemente, la colonia se transforma en república, no por el propio esfuerzo de sus hijos sino por la orden y el poder de otra nación que se interpone en el proceso evolutivo de nuestro pueblo y se convierte en el dispensador supremo de bienandanzas y males, con la gravísima secuela de la falta de fe y de confianza de los cubanos en la estabilidad de la República; ausencia casi total, una vez constituída ésta, de renovación étnica, educativa y cultural, inyectándose, muy por el contrario, a la población republicana, nutridos contingentes de emigraciones indeseables y abandonándose las atenciones educativas y culturales, ineludibles para la formación de ciudadanos civilizados y conscientes de sus derechos y deberes.

Frente a la falsa tesis derrotista de la incapacidad cubana para el desplazamiento del poderío español y para el gobierno propio, el Segundo Congreso Nacional de Historia, reunido en La Habana del 8 al 12 de octubre de 1943, aprobó, entre otros, a propuesta nuestra, los siguientes principios de revaloración sobre la historia de las luchas cubanas por la independencia:

No obstante las diferencias revolucionarias entre las guerras libertadoras de 1868 y 1895, puede afirmarse, como lo proclamó la Asamblea de Jimaguayú el 16 de septiembre de 1895, que la guerra entonces comenzada el 24 de febrero de dicho año era continuadora de la guerra que se inició el 10 de octubre de 1868; certera y exacta apreciación, ya que en una y otra contiendas se perseguían idénticos ideales de separación de la isla de Cuba de la monarquía española y su institución como estado libre e independiente, con gobierno propio, con autoridad suprema con el nombre de República de Cuba, y, además de ser adoptada la misma bandera que se aprobó en la Asamblea de Guáimaro de 1879, a éste "su nuevo período de guerra" se reincorporaron casi todos los veteranos libertadores supervivientes del 68. Ese ideal independentista fué sustentado por todos los que se lanzaron el 24 de febrero de 1895 a la lucha armada contra el despotismo español.

Y en estas conferencias y en mi libro *1895 y 1898. Dos guerras cubanas*, que acaba de publicarse en rememoración de esas dos efemérides que hoy celebramos, se llega, rectificando errores y falsedades, a conclusiones fundamentales, respaldadas por acuerdos de los Congresos Nacionales de Historia, que han de servir para fijar, especialmente, la verdad histórica sobre esta contienda comenzada hace medio siglo.

Todo ha habido que enmendarlo.

Desde la denominación localista de la Guerra, debida al hecho fortuito de haber sido el encuentro de libertadores con españoles en Baire la primera noticia que de los alzamientos ocurridos en toda la Isla publican los periódicos de La Habana; al igual que sucedió en el 68, relegándose al olvido el lugar inicial del levantamiento de Céspedes—La Demajagua—, porque fué en Yara donde se efectuó la primera escaramuza, adversa a las tropas mambisas.

Se empequeñece, convirtiéndola en localista, una guerra a la que el Partido Revolucionario Cubano y Martí dieron, al organizarla y hacerla estallar, amplio carácter nacionalista, enviando la

orden de alzamiento, para el mismo día—24 de febrero—a los patriotas de todas las regiones de la Isla, que respondieron en La Confianza, Bayate, Santiago de Cuba, Holguín, Bayamo, Ibarra, Jagüey Grande, Aguada de Pasajeros, Vega Alta, Vueltas, Santa Cruz del Sur, Nuevitas, centrales Senado y Lugareño, Puerto Príncipe, Seborucal de la Mocha, Güira, Alquízar, San Antonio, Las Vegas de la Ceniza y San Juan y Martínez. Por ese carácter nacional que tuvo, el Segundo Congreso Nacional de Historia, a prepuesta mía, acordó que sólo puede nombrarse a esta contienda *Guerra de Independencia de 1895*, y por su contenido ideológico, *Revolución de Martí*, pero sin confundir ésta con el movimiento armado que impulsó, y reconociendo que la Revolución, como tal, no triunfó plenamente, y que sus ideales están en gran parte por realizar.

Ni la frustración del plan expedicionario de Fernandina para invadir la Isla por tres lugares distintos, al mismo tiempo, en los buques *Lagonda*, *Amadís* y *Baracoa*, a mediados de enero de 1895; ni la falta de estrecha compenetración que se registró en la entrevista de La Mejorana, el 5 de mayo, entre Maceo y Martí y Gómez; ni la muerte de dos de estos grandes jefes revolucionarios en 1895 y en 1896; ninguno de estos contratiempos, ni otros muchos obstáculos y dificultades restaron en lo más mínimo pujanza a la guerra iniciada el 24 de febrero; y ésta pudo desenvolverse ininterrumpidamente desde sus comienzos, con fuerza arrolladora, hasta que ocurrió la brusca y fatal interposición de los Estados Unidos.

Una de las más elocuentes manifestaciones del genio político revolucionario de Martí fué la elección, desde los mismos instantes que concibió el propósito de llevar a cabo la independencia patria, de la persona del general Máximo Gómez para jefe supremo de la nueva guerra libertadora, sin que esta elección significara sometimiento de Martí a Gómez ni claudicaciones en la ideología, principios y planes revolucionarios del Apóstol.

Martí comprendió que sin la jefatura de Gómez la guerra podía estallar, pero era imposible que continuase con posibilidades de triunfo. Y la guerra se mantuvo desde 1895 al 98 porque Gómez fué el General en Jefe del Ejército Libertador.

Máximo Gómez y Antonio Maceo realizaron triunfalmente el

estratégico plan de la Invasión, partiendo las fuerzas cubanas el 22 de octubre de 1895 desde las Sabanas de Baraguá, muy cerca del lugar—Los Mangos de Baraguá—donde diecisiete años antes el glorioso mulato había levantado su protesta contra el engañoso convenio del Zanjón. Invictos marchan los cubanos de Oriente a Occidente, pasan la trocha, derrotan en reñidos combates a los españoles en Mal Tiempo y Coliseo. El 1°. de enero de 1896, la columna invasora penetra en la provincia de La Habana, la atraviesa, entra en Pinar del Río, y el 22 de enero, a las 4 de la tarde, Maceo acampa en el término occidental de la Invasión: Mantua. Total, 424 leguas en 92 días; el hecho militar más audaz de la centuria, como lo califica Mr. Clarence King, realizado por no más de 4,000 a 5,000 revolucionarios cubanos, mal armados, contra un ejército enormemente superior, sin que éste pudiera contener ni mucho menos destrozar la columna invasora.

El análisis detenido de la campaña de la Invasión hace llegar lógicamente a la conclusión de que después de esa hazaña militar, luego de haber sido llevada a la guerra, siempre triunfante, de Oriente a Occidente, y quedar invadidas y sublevadas las provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río, y organizadas en ellas las tropas mambisas, la guerra libertadora estaba ganada por los cubanos, y como dice Souza, "ya sólo era cuestión de aguardar un poco más de tiempo".

Y el tiempo demostró el afianzamiento total de las posibilidades cubanas para alcanzar la derrota definitiva de España.

Una de las características de nuestra última guerra libertadora fué el fracaso constante y ruidosísimo que acompañó en todo momento a España, tanto más digno de ser señalado cuando que se acentúa a lo largo de la contienda, no obstante las pérdidas irreparables sufridas por los cubanos con la muerte de Martí y de Maceo, la formidable máquina de guerra puesta en movimiento por España, extraordinariamente superior en hombres y en material bélico a los que pudo lograr el Ejército Libertador, y la enemiga en todo tiempo manifestada a la causa de Cuba libre por el Ejecutivo, altas autoridades y capitalistas de los Estados Unidos y también por el Congreso, no obstante la existencia de legisladores simpatizantes, decididos unos y platónicos los más, de los patriotas cubanos libertadores.

Sin haberse pacificado nunca totalmente la Isla después de la farsa que fué el Pacto del Zanjón, el gobierno de Cánovas, con la ignorancia y torpeza congénita de todos los políticos y gobernantes españoles respecto a los asuntos insulares, envió al fracasado pacificador, general Arsenio Martínez Campos, de Capitán General y Gobernador de Cuba. Gabriel Maura Gamazo juzga así esta decisión de Cánovas:

El envío de Martínez Campos a Cuba, sin otro bagaje que sus talentos de estratega para combatir a los insurrectos y el prestigio de su nombre para alentar a los buenos españoles, fué torpeza incomprensible, rayana en la insensatez.

Consumada la marcha triunfal de la Invasión, Martínez Campos presentó la renuncia de su cargo. Ya antes, desde los comienzos de la Invasión, había reconocido, según aparece en documentos oficiales, que "la guerra es más grave que en el 76, el país nos es más hostil... los cabecillas saben más y el sistema es distinto de aquella época". Como bien acota Portell Vilá, con estas declaraciones y con su renuncia y su urgencia de "la política de represión, la ley de sospechosos, los fusilamientos en consejos de guerra con media prueba, como sucedía antes", Martínez Campos "confesaba paladinamente que la victoria de los mambises estaba al producirse, y no tomaba para ello en cuenta la intervención militar de los Estados Unidos, que no era necesaria".

Pero Martínez Campos no se creía capaz, por sus "principios cristianos" y como representante de una nación culta, "de ser el primero que dé ejemplo de crueldad e intransigencia"; se retiraba, fracasado, del escenario de la guerra hispano-cubana, e indicaba como el hombre por excelencia capaz de desarrollar esa política al general Valeriano Weyler. Realmente no queda bien parada la rectitud de principios de Martínez Campos, porque resulta inconcebible que se recomienden medidas, actitudes o conductas que estén en contra del modo de pensar y de sentir personal. Martínez Campos no quería convertirse en asesino de los cubanos, pero le recomendaba a Cánovas quién era en España en aquellos momentos el mejor asesino, para enviarlo a Cuba.

Por poco cruel y sanguinario en la práctica, fué retirado Martínez Campos; y por constituir una esperanza de crueldad y fero-

cidad, bien acreditadas ya por su actuación durante la guerra de 1868, fué enviado Weyler a Cuba.

Al llegar a aquí el 10 de febrero de 1896, Weyler confiesa la fuerza de la revolución, según aparece en el tomo I de su obra *Mi mando en Cuba:*

En el momento en que desembarqué la guerra mantenía verdadera importancia... Maceo, después de recorrer la provincia de Pinar del Río, y de desbaratar en ella el régimen, habiendo desaparecido de casi todo su territorio hasta el menor vestigio de dominación española, retrocedía en dirección a Oriente...Máximo Gómez se movía en la provincia de La Habana, acercándose unas veces a la línea limítrofe con Pinar del Río, y enderezando las otras su rumbo hacia la capital, con objeto de producir alarma.

Weyler es un hombre representativo de la España de los finales de su poderío colonial en América; es el brazo que utilizaron los gobernantes de su tiempo para poner en acción su programa político en lo que se refiere a las cuestiones de Ultramar.

Y algo más. El valor histórico de Weyler traspasa los límites del pensamiento y sentimiento de gobernantes y políticos, y encarna y simboliza, también, el sentir y pensar de la mayoría del pueblo español.

Para convencernos de todo ello nos basta acudir a las historias generales o a las biografías y monografías escritas por historiadores españoles contemporáneos.

Esta ideología española sobre los problemas cubanos está cabalmente sintetizadas en la línea política mantenida por Sagasta y Cánovas, con el aplauso de toda la nación, de agotar el "último hombre y la última peseta" para aplastar la revolución cubana.

Weyler fracasó esta vez, más ruidosamente aún que Martínez Campos, en sus propósitos de pacificación de la Isla. Dió de plazo para lograrlo dos años, y faltando tres meses para cumplirse ese término, al ser retirado, nada efectivo ni práctico había conseguido, si descontamos, desde luego, los asesinatos en masa cometidos contra la población indefensa de los campos—ancianos, niños y mujeres—mediante la reconcentración, y los asesinatos también perpetrados en la persona de sus propios soldados, que en número de 63,067 perecieron, según estadística del historiador español

señor Corral en su obra *El Desastre.* En esta cifra los muertos en acción de guerra suman 4,128, los muertos por fiebre amarilla 28,819, y por otras enfermedades 30,120.

Dos puntos descollantes contenía el plan estratégico con que pensaba Weyler aplastar la revolución cubana: la división de la Isla en tres regiones mediante la construcción de dos trochas militares, a fin de aislar a los diversos núcleos de fuerzas mambisas de manera que les fuera imposible prestarse mutua ayuda, y acorralar a cada uno de esos núcleos para mejor batirlos, hasta exterminarlos; y, como complemento de este plan militar, ordenar la reconcentración de los campesinos en las poblaciones principales, con objeto de que no pudieran auxiliar a los revolucionarios, y quedara además aventada para siempre, en las personas de las mujeres y los niños que fatalmente debían de morir víctimas del hambre y las enfermedades, la semilla separatista.

La primera parte de este plan, o sea el de las trochas militares, ensayado ya en la guerra del 68 con la línea de Júcaro a Morón, constituyó un fracaso ruidosísimo del Marqués de Tenerife, certeramente denominado por ello "el General Fracaso", pues Maceo y Gómez se unieron, rompiendo las trochas, siempre que lo creyeron oportuno, burlando y anulando la vigilancia de las fuerzas dedicadas a la defensa de ese sistema de fortificaciones; y además dicho sistema produjo la aglomeración de grandes núcleos de tropas en lugares determinados y el abandono de los campos a merced de los insurrectos.

Muy por el contrario, la reconcentración de los campesinos sí tuvo éxito, pero tan inútil militarmente como trágico.

Pérdida irreparable para la causa libertadora, por las condiciones excepcionales que Maceo poseía como militar y patriota, fué su muerte, el 7 de diciembre de 1896, cerca de Punta Brava; pero que sin embargo—y es ésta otra prueba formidable de la pujanza incontenible de aquella guerra—no obstaculiza el desarrollo de la contienda.

Desde La Reforma, en la provincia de Camagüey, Máximo Gómez continúa la dirección de las operaciones.

Calixto García, que al estallar la guerra se encontraba preso en Madrid, logra fugarse de la cárcel en unión de su hijo Mario,

el 13 de octubre, dirigiéndose a Francia y después a Nueva York. La primera expedición—del *Hawkins*—en que intenta ganar las playas cubanas, fracasa de manera catastrófica, perdiéndose el barco, el material de guerra y pereciendo varios de los expedicionarios. Al fin, el 24 de marzo de 1896, pisó Calixto García tierra cubana.

A sus innatas condiciones guerreras ha unido ahora Calixto García el profundo conocimiento sobre táctica y estrategia militar, producto de los estudios realizados durante su destierro en España.

Nombrado jefe de las tropas cubanas de Oriente, constituye una de las tres columnas—las otras dos eran Maceo en Occidente y Gómez en el Centro—del Ejército Libertador. A la muerte de Maceo ocupa el cargo de Lugarteniente. Y la historia militar de Calixto García en esta última guerra emancipadora se halla engrandecida y glorificada con hechos de armas tan extraordinarios y decisivos para los cubanos como son las tomas de Guáimaro, Victoria de las Tunas, Guisa y Auras y la acción del Tuabeque.

La provincia de La Habana, a pesar de sus condiciones topográficas, de su nutrida población y de ser residencia del Gobierno Central, tiene, según comprueba de modo irrebatible en uno de los libros de su notabilísima obra inédita sobre la Guerra de Independencia de 1895 el comandante del Ejército Libertador Miguel Varona Guerrero, lo que califica justamente como "una gloriosísima actuación bélica correpondiente a los años 1896 a 1898", desenvuelta por sus ocho regimientos, afectos a cuatro brigadas.

La pujanza del Ejército Libertador fué reconocida por los norteamericanos, aún por algunos enemigos de la causa libertadora cubana. Herminio Portell Vilá presenta en su magnífico libro *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España* muchas de esas declaraciones que constan en los archivos del *State Department*, entre otras del Cónsul Williams y del hacendado C. N. Madan. Testigo presencial este último del combate de Coliseo, informó a aquél del terror y desorden observados en los soldados españoles, los que, como siempre hasta entonces—según declara—había sido derrotados por los cubanos.

Además de Clarence King, ya citado, el general Sickles encomió públicamente la campaña de la Invasión.

No faltaron tampoco españoles que, ahogando el amargor de las derrotas, tributaran elogios al Ejército Libertador. Así Gonzalo de Reparaz y el teniente general Salcedo. Y la gloria de nuestras hazañas fué también ponderada por la *Revista Militar*, de Bruselas, y por *The Times*, de Londres, entre otras muchas publicaciones europeas.

Pero el máximo reconocimiento de la pujanza arrolladora del Ejército Libertador y de las seguridades inmediatas de conquistar la victoria final sobre los españoles, la tenemos en el fracaso estrepitoso de Weyler y la implantación de la autonomía, que significaban la inutilidad de la política de la mano dura, del plan de acabar la guerra mediante la guerra sin cuartel. A su vez, la autonomía fracasó también, por la unánime y vigorosísima repulsa de los libertadores.

Y si la derrota del ejército español no llegó a lograrse; y si los cubanos no pudieron abatir triunfalmente a la Metrópoli, no es de los cubanos la culpa, sino del Estado norteamericano, metrópoli económica de Cuba al estallar la guerra de 1895, que se interpuso en la contienda hispano-cubana, cuando creyó asegurado el triunfo de nuestros libertadores, precisamente para impedir que los cubanos por sí mismos expulsaran a España de esta tierra, y para que los Estados Unidos fuesen, como factor determinante de esa expulsión, los dueños de la subsiguiente situación política de Cuba.

Así está cumplidamente probado por abundante documentación tomada de fuentes oficiales norteamericanas.

Basándonos igualmente en la crítica de numerosísimos historiadores norteamericanos se llega a la conclusión de que sin el apoyo decidido y constante que prestó al ejército y escuadra de los Estados Unidos, el Ejército Libertador, aquél no hubiera podido derrotar al ejército español, por lo que, según aprobó el Segundo Congreso Nacional de Historia, no es posible seguir denominando, como hasta ahora se ha venido haciendo, popular y oficialmente, "Guerra Hispano-americana" a la contienda de 1898, sino que fué y debe ser llamada—y a los cubanos toca imponer y popularizar este nombre—"Guerra Hispano-cubanoamericana".

Con estas verdades históricas queda destruído el fatal derrotismo que se ha hecho sufrir al pueblo cubano, inculcándole todas

las falsedades y los errores que he presentado y desmenuzado ante ustedes.

Si nuestros libertadores, sin elementos bélicos adecuados, luchando solos contra ejércitos muy superiores, y sufriendo la indiferencia u hostilidad del Estado norteamericano—no de su pueblo, que siempre mostró sus simpatías y adhesión a la causa de Cuba libre—, supieron tener denuedo, abnegación, constancia y capacidad para aplastar el poderío español y ser factores determinantes en la victoria de los Estados Unidos en la Guerra Hispano-cubanoamericana, ¿cómo no vamos ahora a salir triunfantes también, poniendo en juego idénticas virtudes, en los tropiezos, dificultades y crisis republicanas?

Y precisamente en los actuales momentos es cuando podemos vernos libres de absorciones imperialistas y dar el golpe de muerte a la Colonia superviva; en esta hora excepcionalmente trascendente y en virtud de la actual contienda bélica mundial, es cuando Cuba, si sus hijos saben tener capacidad, tacto y patriotismo, puede resolver o remediar muchos de los males registrados durante estos cuarenta y tres años de vida republicana.

Precisamente estamos hoy en guerra por la defensa de la libertad y de la soberanía de nuestra república y de los principios e instituciones democráticos que constituyeron los ideales de la Revolución de Martí.

Porque hoy Norteamérica, frente a la amenaza imperialista de los regímenes totalitarios europeos y asiáticos, es esforzado y formidable paladín de la libertad y la democracia, a la llamada del presidente Roosevelt para que formáramos fila los pueblos americanos, en la defensa del Continente de la Libertad, Cuba respondió, como debía, ¡presente!, y se ha sumado a la contienda bélica; pero no para ir de arria de otro pueblo mayor, ciega e inconscientemente, impreparada, entregada, sino después de pesar y estudiar todas sus conveniencias y todas sus necesidades, presentándolas al amigo vecino y poderoso, como amiga pequeña y débil, pero que aquél necesita, en igual o tal vez mayor grado que nosotros a él, señalando sin petulancia, pero con decoro, las condiciones de la alianza defensiva y ofensiva que a él debe unirnos, cuidadosos de aprovechar este momento trascendente y excepcional para afianzar nuestra sobe-

ranía para impedir que se desaten sobre nosotros los imperialismos extracontinentales, para abatir definitivamente las absorciones y explotaciones hasta hoy sufridas de imperialismos continentales, para rescatar nuestra perdida economía, para preparar nuestra estabilidad y engrandecimiento republicanos.

El gran problema planteado hoy en el mundo es el de la pugna de las fuerzas reaccionarias, retrógradas, anticulturales, racistas, imperialistas, contra el predominio de la libertad, la democracia, la cultura, la igualdad racial; o sea, el mismo problema cubano de ayer, por el que se luchó en nuestra tierra durante dos siglos, y que la República no ha podido aún resolver satisfactoriamente.

Por eso nuestro Fernando Ortiz ha sostenido que "la guerra de ahora es para nosotros una nueva guerra libertadora", explicando en esta forma tan diáfana su pensamiento y su prédica:

> Casi dos siglos luchó Cuba. ¿Por qué tanta lucha? ¿Por qué tanta sangre derramada? ¿Fué sólo por ansias de independencia, por un escudo o una bandera? ¡Nó! Nuestra cruenta gestación nacional no fué un mero afán de independencia para luego continuar, en casa propia y sin dependencia extraña, la misma norma secular de vida que nos había sido impuesta por los criterios opresores. Nuestra guerra fué de independencia, pero fué también esencialmente separatista. Guerra de separación del pasado, separación de la colonia, separación de los despotismos.

Y ese problema que comenzaron a plantearse los cubanos en el siglo XVIII y que constituyó, ya con caracteres de conciencia nacional definida, el empeño de los patriotas revolucionarios libertadores durante todo el siglo XIX, es el problema mundial de la hora de ahora, como sostiene Ortiz,

> entre bandos bien definidos: el viejo absolutismo repintado con la brocha gorda del sádico totalitario, y la democracia moderna en pugna por asegurar su vida contra las obstinaciones del bárbaro violador.

Al incorporarse, pues, junto a los pueblos del bando que enarbola la bandera de la libertad y la democracia, no luchamos nosotros solamente contra las potencias absolutistas, imperialistas, totalitarias, que militan en el otro bando, sino que también debemos aprovechar esta contienda ideológica internacional para resolver ese viejo pleito interno: la liquidación total de la Colonia y la consolidación definitiva de la República.

Luz de esperanza son para nosotros los pronunciamientos de la Carta del Atlántico proclamada desde 1941 por las Naciones Unidas, y los acuerdos a que han llegado los "Tres Grandes", el presidente Roosevelt, el primer ministro Churchill y el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Stalin, comprometiéndose en Teherán, en 1943, a "hacer una paz que merezca la buena voluntad de las masas de todos los pueblos del Mundo y destierre la plaga y el terror de la guerra por muchas generaciones", y en Yalta este mismo mes, garantizando "la seguridad y paz perdurables que, en las palabras de la Carta del Atlántico, asegurará a todos los hombres de todas las tierras que puedan vivir sus vidas libres de temores y necesidades".

Puesto que los ideales que hoy se defienden en la gran contienda universal de los pueblos democráticos y cultos contra la barbarie del totalitarismo nazifacista son los mismos por que se luchó en nuestras guerras de independencia, y muy especialmente en la de 1895, y los que informaron la aún no lograda Revolución de Martí, formulamos aquí, como la mejor ofrenda ante la memoria de nuestros libertadores, el voto de que la victoria nos ofrezca una Cuba Libre en un Mundo Libre.

Organización de la Guerra. El 24 de Febrero,

por Félix Lizaso.

En otra oportunidad intentamos precisar cómo Martí había tratado de crear, lográndolo plenamente, una mística de la guerra. Porque, como allí decíamos, no basta que la guerra sea necesaria y justa, sino que necesita asentarse, más que en ideas de necesidad, en bases espirituales. Cuantos hemos seguido paso a paso la vida de Martí, esclareciéndola con la lectura de sus escritos, hemos podido notar que fué una ascensión perenne hacia la cumbre de un ideal entrevisto desde los sueños de la adolescencia, sueños bien pronto rotos por el despertar a una realidad de dolores inmerecidos y de sufrimientos callados, que dieron el temple nunca más perdido a aquel espíritu que mantendría encendida para siempre la llama sagrada de la esperanza de redención para su patria. Toda su vida la consagró a mantener inextinguible esa llama, con plena certidumbre de que habría de llegar un instante en que consumiera para siempre la esclavitud que pesaba sobre su tierra, libertándola de la opresión que durante siglos había soportado.

Desde sus años de colegio aprendió cerca del maestro Mendive a querer la libertad para su patria y la dignidad para los hombres. Junto a él apreció el esfuerzo con que habría de ganarse esa libertad, pero aprendió también que no sólo con el sacrificio de unos cuantos hombres iluminados puede alcanzarse. Meditó en los errores, en las divisiones, en las pugnas internas que malograban la unidad del esfuerzo; meditó en la necesidad de llevar a los cubanos al pleno convencimiento de que sólo la libertad les haría hombres dignos, y que esa libertad era preciso comprarla a costa de la guerra.

Su rebeldía le llevó pronto al sufrimiento de las canteras. Lo que sufrió en sí mismo apenas pudo sentirlo, porque sólo tuvo sentidos para el ajeno dolor, con que amasó la propia indignación que

apenas podía contener en el pecho. Y de esas canteras salió a la deportación, para pregonar en voz alta y con acento de profeta el derecho de Cuba a su libertad. Enrostró a la tiranía su complacencia en humillar a los hombres, en derramar su sangre inútilmente, en escarnecer a Dios en la figura de cada uno de sus hijos. Y cuando alivió su conciencia descargando sobre sus enemigos aquel fardo de horrores que había visto y sentido, había dado el primer paso para llegar a la seguridad, que pronto iba a tener, de que la independencia de Cuba habría que conquistarla por las armas, porque del gobierno de España nada podía esperarse. Por feliz circunstancia, poco después este presentimiento suyo va a tener rotunda confirmación: la República española no oye la voz de la Cuba republicana que lucha en los campos por alcanzar su libertad. Martí sale, en su nombre, a pedir para su pueblo esa libertad que los propios españoles han pretendido para sí, y de la que la República triunfante debiera ser claro augurio. Pero la República española no quiere atenderle y Martí proclama la decisión firme de su patria, que ha escrito con sangre de sus hijos su resolución irrevocable. La República española no escuchó su voz: los republicanos de España siguieron combatiendo a los hombres de Cuba que luchaban por una Cuba republicana. Martí había dado un nuevo paso en el camino que se había trazado: había cumplido el deber de llevar a la conciencia de los republicanos españoles la idea de que la honra verdadera de España en la cuestión de Cuba era concederle la completa independencia. Idea que pudo comprobar que nunca tendría realidad.

Una carta escrita en los momentos en que publica en Madrid su apelación a la República española nos da su situación firme y definida:

Estoy dispuesto, si en algo creen que pueda yo servir, a recibir sus indicaciones sobre lo que más entiendan que convenga a la suerte de Cuba, sobre lo que piensan que ha de precipitar nuestra completa independencia, única solución a la que sin temor y sin descanso he de prestar toda la pobreza de mis esfuerzos y toda la energía de mi voluntad, triste por no tener esfera real en que moverse.

Así escribía a la emigración de Nueva York, en la persona de Néstor Ponce de León, que era en esos momentos una de sus más relevantes figuras.

¿Cuál fué el sentido de su aprendizaje en la Universidad de Zaragoza? Fijémonos en este detalle: escoge para sus estudios la Universidad de Zaragoza, es decir, la tierra de los bravos hombres que siempre habían sabido pelear hasta los últimos reductos por sus fueros de libertad. ¿Y para qué estudia, sino para llevar en sí aquel caudal de conocimientos que va a serle necesario en sus futuras empresas, y que ha de valerle dignidades que no desea para sí, pero que necesita atesorar en bien de la causa que representa? Dígamoslo más claramente: se prepara para el servicio de la patria; para contender con los hombres que han de oponérsele, para que no se le tenga por un improvisado, porque hay tontos que sólo creen en los conocimientos universitarios. Ganar fama de doctor no es ambición propia; es necesidad de su empresa.

Ahora tiene terminados sus estudios en dos carreras, la de Derecho, que siguió por mandato de la necesidad a que se había entregado, y la de Filosofía y Letras, por hondo llamado de su espíritu, que hacia tales disciplinas lo empujaba. Vuelve entonces su mirada al punto distante en que sus compatriotas luchan desde hace años sin haber logrado sacar la guerra del círculo de las provincias orientales en que había surgido. Seis años de guerra, sin señales visibles de una decisión suprema que la extienda por toda la Isla para alcanzar con esta llamarada el triunfo definitivo. ¿Qué se vislumbra, sino el lento extinguirse de tan poderoso esfuerzo, condenado a consumirse en sí mismo por el aislamiento a que lo condujeron sus mismos dirigentes, por incomprensión los unos, entrabados en querellas y rivalidades los otros? Y más allá, por la indiferencia o la culpa de los que se avenían con la situación colonial por miras interesadas, o los que recelaban de que el orden y la libertad pudieran coexistir en la república.

Su vigilancia sobre las cosas de Cuba va a ser constante, acrecentándole día a día la autoridad entre sus compatriotas. Sus polémicas en Madrid y en México, siempre en defensa del honor de Cuba o de los cubanos, le ganan fama de enérgico defensor de los derechos de su país, tanto como de hombre al servicio de la verdad y del deber.

Se extingue al fin el ímpetu que por diez años mantuvo a los cubanos en pie de guerra, llenando ese período de heroísmos y de

sacrificios sin cuento. Estaba bien probado el temple que algún día habría de llevarlos al triunfo definitivo. Esta era la gran conquista de aquella jornada épica: haber enseñado a los cubanos que podrían ser libres, porque tenían el coraje y la decisión de serlo. Y otra cosa habían conquistado los hombres de Cuba: una gloria cierta a que rendir el homenaje de sus corazones y ofrendar las esperanzas del futuro.

Un breve tránsito por esta tierra en que había nacido, después del Pacto del Zanjón, le hace sentir el hervor de los anhelos que aún no se conformaban con el cese de la lucha. Y junto a un patriota que fué como hermano en ideales —he invocado la noble figura de Juan Gualberto Gómez—se puso a recoger los hilos dispersos de las voluntades no rendidas, para de nuevo poner en pie la decisión de los cubanos de volver a la lucha. Uno de los grandes generales de la guerra, que prisionero de los enemigos había estado durante años en las cárceles españolas, al que el Pacto había devuelto la libertad—Calixto García—, creyó posible recoger el descontento de los cubanos que no se conformaban a volver a la esclavitud. En la organización y preparativos de este movimiento, que llamaremos Guerra de Calixto García, Martí tuvo parte principalísima. Descubiertas sus actividades, preso y deportado nuevamente a España, vuelve en seguida para asentarse en los Estados Unidos, centro del movimiento que se preparaba. Frustrado poco después aquel empeño, Martí sacará nuevas lecciones provechosas para su obra futura. Pudo saberse que la nueva guerra había convocado miles de hombres en los campos de Cuba, ansiosos de sentirse otra vez libres y de poner en juego su voluntad y su vida para que esa libertad fuera completa. Pero faltó la unanimidad de los jefes, al no participar Gómez ni Maceo; faltó la organización suficiente, hecha con tiempo y recursos, y faltó además una propaganda que hubiera trabajado hondamente la decisión y la unanimidad de las voluntades.

Se abre el paréntesis de la espera. Años consagrados a la pluma, con la cual destaca su figura con sobrehumanos relieves en todos los países americanos. Y junto a la labor de corresponsal de grandes diarios, junto al trabajo de oficina en alguna casa de comercio, su perenne dedicación al servicio de sus compatriotas. Estará sobre todo en su puesto de vigilancia para que las pasiones no enturbien las aguas claras del sentimiento de la patria, para

exaltar la fe en los indiferentes, para mantener en comunidad de aspiraciones a todos los cubanos. Se hace la voz más alta de los anhelos de Cuba, el defensor más apasionado de sus derechos. Recordemos un caso singular: cuando el periódico *The Manufacturer* de Filadelfia lanza una crítica altamente ofensiva para la dignidad de los cubanos, y la reproduce con aprobación *The Evening Post*, Martí se revuelve contra la injuria con acento encendido y vengador en esa arenga que llamó *Vindicación de Cuba*, y que le valió la gratitud unánime de todos los hijos de la tierra maltratada.

Pero su mayor vigilancia estuvo dirigida a evitar que surgieran en el camino recto y limpio que habría de conducir a la república cordial, democrática y trabajadora que había soñado, obstáculos creados por apetitos de fama o por criterios que podrían comprometer ese carácter prístino que anhelaba para su fundación.

En este servicio continuo de la patria, en que ocupa el lugar de máxima dirección por consenso de sus compatriotas, en que año tras año oficia en el altar del Diez de Octubre y lleva, como si dijéramos, la dirección espiritual de la emigración, ha creado una verdadera comunidad de ideales y ha levantado una fe inquebrantable en los destinos de su patria. Ha sufrido, ha vivido en sobresaltos y temores vislumbrando tenebrosas conjuras contra Cuba; pero goza sabiendo que ha fundado una hermandad de corazones.

¿Y no es ésta, tal vez, la más alta revelación de su espíritu organizador y guiador?

Así, todo está a punto para cuajar en el molde que las circunstancias van a depararle. La invitación que le llega de Tampa a fines de 1891 será el primer paso en firme por el camino recto durante tanto tiempo esperado.

El signo más claro de lo que ya significaba Martí para sus hermanos fué el desbordamiento de todo un pueblo cuando pisa por primera vez el suelo de Tampa. Quien había trabajado por tanto tiempo sembrando una fe, encuentra de pronto que esa fe ha florecido. Y había florecido donde él quería que floreciera, porque era una fe de abajo. Con esos hombres del pueblo, que sentían más puramente los ideales de la patria, iba a crearse la hermandad de corazones que haría posible el engranaje último del

esfuerzo hacia la libertad de Cuba. No hay palabras para describir aquel júbilo que se lanza a las calles para recibirlo, lo sigue, lo rodea de cariño y le hace sentir la felicidad anticipada de sus sueños, cuando se vislumbraba acá en la tierra libre y feliz, rodeado de los suyos y entregado a la obra de enseñar y de guiar a los cubanos.

Cuando recibió la invitación, Martí la aceptó jubiloso. Y en su júbilo había ya un presentimiento; le parecía que era la voz de la patria la que había escuchado. Así dijo: "Obedecemos, pues, que de seguro ella nos alienta para algo grande". Y así era, en verdad. En dos días queda un pueblo en conmoción, y quedan echados los cimientos del gran edificio que iba a construir ya sobre bases firmes. Su oración del 26 de noviembre fué el grito agudo que traspasó las tinieblas y retumbó en toda la emigración. Sus ecos llegaron a Cuba y levantaron las conciencias dormidas. Fué su discurso famoso *A pie y descalzo,* lleno de todo de deslumbrantes incitaciones a volver por el ímpetu dormido, pero no vencido, que años antes había resonado en los campos libres de la patria. Esa misma noche el entusiasmo entra en el molde de las cosas prácticas, cuando la pluma de Martí redacta, rodeado de la representación de todo un pueblo, el escrito conteniendo las *Resoluciones tomadas por la Emigración de Tampa,* donde ya se dibujan las líneas generales de la organización que se avecina. Al siguiente día, pronuncia su discurso en la velada con que se honra la memoria de los estudiantes mártires. Las reseñas que entonces se escribieron nos pintan el desbordamiento de todo un pueblo como un oleaje que se precipita por las calles, más allá del salón invadido. Lleno de visiones patrióticas, relampagueaba este discurso de los "pinos nuevos", cerrado con una promesa:

Rompió de pronto el sol sobre un claro de bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, ví sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos. Eso somos nosotros: pinos nuevos.

Fué un súbito relámpago el que iluminó en estos dos días la larga noche de la espera. Tampa, por unas horas, pareció la Cuba libre que se soñaba. Y lo que allí surgió fué como una atmósfera nueva, donde ya podía sembrarse y crecer el árbol de la libertad.

Un obrero de Cayo Hueso que había vivido el prodigio de aque-

llas horas—Angel Peláez—se hace misionero de la idea de llevarlo al Cayo, y recluta amigos para propiciar su viaje. El 25 de diciembre Martí, pisa suelo de Cayo Hueso, y sale a recibirlo, en nombre de la vieja revolución, el venerable don José Francisco Lamadriz, que lo estrecha en sus brazos. —"Abrazo a la revolución pasada"— murmura Martí grandemente emocionado. —"Abrazo a la nueva Revolución—" contesta Lamadriz reanimado por nuevas esperanzas.

De esta visita nació el Partido Revolucionario Cubano, proyectado por Martí, sometido al estudio de los significados cubanos que lo rodeaban, entre los que sobresalen Lamadriz, Poyo y Figueredo, y aprobado en definitiva por los representantes de las agrupaciones políticas de cubanos separatistas de la localidad. Con esta aprobación y el acuerdo de que los presidentes de las distintas agrupaciones allí representadas sometieran el documento a sus respectivos clubs, y también a las asociaciones de clubs políticos independientes de otras localidades, y que se redactaran por Martí los Estatutos por los que habría de regirse el Partido, quedaba éste ya formado y la emigración en plena actividad, con campo firme en que moverse.

Diez años de incesante ansiedad para dar forma y contenido al ideal que no le cabía en el pecho, encuentran ahora, en las Bases y Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, el molde y el impulso que Martí por tanto tiempo había buscado. Allí fija el carácter de la guerra que deseaba para la libertad de su patria, la guerra "generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla". Y allí se fijaba también el espíritu de la nueva república, que ha de ser el de "un pueblo nuevo y de sincera democracia".

Pero acaso lo que más feliz lo hizo fué haber hallado en la emigración trabajadora el más alto sentido de la virtud y del deber, encarnado en hombres humildes y sinceros con los que podía pensarse en crear aquella república vislumbrada. Por eso volvía a Nueva York hablando de la levadura de virtud que ellos le habían puesto al pan de la patria, y del temporal de nobleza que había encontrado para su alma asendereada.

La repercusión que en Cuba tiene este comienzo grande de un

empeño nuevo le colma las esperanzas. Se ha visto lo que es, lo que quiere ser, y ha despertado entusiasmo y respeto. A Martí le interesa sobre todo que se les tenga por "constructores vigilantes", como ve que se les empieza a tener, y no como "vociferadores egoístas e inútiles". Este era el espíritu con que salía a conquistar los derechos de un pueblo la organización forjada, toda entera y de un solo aliento, de lo profundo de su sér.

En las bases del Partido Revolucionario Cubano fija Martí sus propósitos, sus objetivos, los medios de alcanzarlos, el espíritu de la república que se intenta crear. Es un documento lleno de previsiones, como de quien conoce los peligros propios y extraños que nos acechan, y los errores en que podemos caer. Su esencia debiera presidirnos siempre, ayudándonos a mantenernos en el camino de perdurabilidad de los fines republicanos y democráticos que fueron su inspiración, cuando decía que había surgido para "fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiendose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen". En los Estatutos Secretos ajusta la composición, organización y funcionamiento del Partido, que estará compuesto de las asociaciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa, de un Cuerpo de Consejo constituído en cada localidad con los presidentes de todas las asociaciones de ella, y de un Delegado y Tesorero, electos anualmente por las Asociaciones. Se fijaban los deberes de esas Asociaciones, de los Cuerpos de Consejo, del Delegado y del Tesorero. El Delegado era la cabeza directora que habría de realizar los fines del programa, aconsejado y secundado por el Cuerpo de Consejo, que era el intermediario entre las Asociaciones y el Delegado. Para la proclamación del Partido escoge la fecha de Guáimaro, el 10 de abril. La elección del Delegado, hecha en todos los clubs de la emigración, recae en Martí. Y siete días después, en los salones de Hardman Hall, se celebra la confirmación.

Sabía bien Martí que la empresa que comenzaba con tanto ímpetu como cordura llevaría derecho a levantar de modo definitivo la avalancha que barrería de una vez para siempre la dominación española que Cuba soportaba. Era preciso poner todos los esfuerzos en aumentar sin cesar los clubs que trabajarían por allegar fondos de propaganda y de guerra, tanto como por afianzar la de-

cisión en los pechos cubanos. Sería precisa una labor constante de propaganda y de unidad, y surgió *Patria*, el periódico que iba a ser el propulsor del movimiento. Su primer número se publicó el 14 de marzo, es decir, un mes antes de la proclamación del Partido. En el artículo *Nuestras ideas* vació Martí los mismos generosos propósitos que alentaban la guerra que había concebido. "Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad nace este periódico". Ahí está su alma. Reitera su concepto de la guerra como un procedimiento político conveniente en Cuba, que exige la forma más bella y respetable del sacrificio humano. Y precisa una vez más: "La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España".

Con toda la autoridad de que estaba revestido inicia su primer viaje de propaganda, levantando en todos los pechos la decisión inquebrantable de hacerse dignos de los tiempos que se avecinan. Nuevos clubs, recepciones, homenajes, glorificación del pasado heroico. Cuba recibe en seguida el primer comisionado que Martí envía con amplias instrucciones para dar a conocer lo que se hace y lo que se espera de la Isla y de cada uno de sus hombres. Porque esta es la esencial manera en que actuará Martí: cada uno tiene su parte que cumplir, y esa parte es la que le señala como compromiso sagrado. Gerardo Castellanos fué este primer patriota de la emigración que recorrió la Isla portando la palabra y el aliento de Martí. El también inicia sus viajes; va a Santo Domingo donde Máximo Gómez le abre los brazos a la naciente revolución. En Costa Rica deja hechos los arreglos con Maceo. Estos son pasos fundamentales: los generales de la Guerra Grande se ponen al servicio de la nueva guerra. Esta certidumbre que le llena de alegría aumenta sus bríos y su confianza, y le impulsa a seguir sin reposo en la tarea enorme de dar remate grandioso a lo que había comenzado con verdadera grandiosidad. Son tres años sin punto de reposo, sin momento en que no haya estado trabajando por llevar a plena realización el vastísimo proyecto de asegurar a un pueblo su independencia.

El carácter de la guerra que había predicado obligaba a dotarla de los mayores y más eficaces recursos a fin de que fuera un trance

decisivo y rápido, con el menor sacrificio de vidas: "guerra de revuelo y triunfo", como él la llamó alguna vez.

Llega el instante en que el esfuerzo realizado ha de dirigirse rápidamente a cristalizar en acción. Han sido muchos los contratiempos imprevistos que Martí ha tenido que vencer: las huelgas provocadas para deshacer la unidad de la emigración, los intentos de alzamientos en la Isla, surgidos por impaciencias que no era posible detener. Habrá que apresurar la decisión para salvar de los escollos crecientes la obra de toda una vida.

En los preparativos de la guerra, Martí había puesto en práctica sus grandes dotes de organizador, cumpliendo fielmente su máxima de que los fines fueran públicos, pero los métodos callados, Ni sus más cercanos colaboradores conocían todo lo que estaba ya alzado con sobrehumano tesón. Era el momento de la arrancada: era el momento de contar con quienes de un modo directo iban a ser los actores en aquella obra. Momento de alucinación, de fiebre, de inquietud. Todo a punto para iniciar la marcha y el rápido triunfo. La preocupación le trabaja sin descanso, con tal responsabilidad sobre sus hombros; pero la alegría le sale al encuentro y oye su voz que le dice: "La libertad viene hacia nosotros, la veo, la palpo...".

Los viajes son incesantes. Del ferrocarril escribe sus cartas apresuradas, tejiendo los últimos hilos para que nada quede fuera, para que no haya olvido posible. Todos tienen una misión, un encargo que cumplir; todos sus amigos están en movimiento, pero cada uno tiene sólo una parte del gran empeño y apenas puede darse cuenta de lo que está fraguándose. Sólo los jefes máximos conocen a grandes rasgos aquel magno plan de conjunción de fuerzas dirigidas por un solo hombre que de día y de noche vive en vela para que la gran llamarada ilumine de una vez el cielo y la tierra de la patria.

Y aguarda con angustia a que todos los resortes funcionen a su debido tiempo, sufriendo de las incomprensiones y de los obstáculos que levantan a cada paso, sin saberlo, los mismos que tienen parte principalísima en la empresa. Además, le acosan por todas partes la inconformidad y los recelos: los jefes militares defienden sus prerrogativas, mientras por otro lado se le censura que no actúe

de modo más enérgico y decisivo en ese sector, a lo que Martí responde que en cosas militares ha debido ser, con paciencia inflexible, mero y enérgico auxiliar. Y abre su corazón, preguntándole a Serafín Sánchez:

¿O me quería indisciplinado y usurpador? Y ¿a dónde hubiéramos ido, y qué división y descrédito no surge, si entro por campos que no eran míos?... Yo vigilaré y salvaré. ¿Cómo rehacer esto si se perdiera? ¿O debo desvanecerme en gestos fútiles, y el empuje de mi fe quedar para siempre anulado?

Este era su estado de ánimo a la entrada del mes de noviembre de 1894. La inquietud en Cuba era creciente. Desde octubre estaban ultimándose los detalles de fecha y manera de los levantamientos, en conexión con los desembarcos, combinados de manera que anduviesen poco por la mar y llegasen todos a la vez. La fecha se fijaba para el 15 de noviembre. Pero los informes que llegaban a Gómez y Maceo no siempre concordaban. Y era preciso estar en lo cierto. A Martí le tenía en sobresalto que de un momento a otro pudiera surgir un alzamiento que corriera el riesgo de caer en manos de los enemigos, si se acudía con tardanza a la llamada. Gómez, por su parte, había tenido el temor de que pudiera decirse que habían impuesto una guerra que el país no había deseado. Al fin le llega el convencimiento de que el país los reclama, que todo está a punto para la empresa decisiva. Y Martí le comenta:

Felizmente no iremos ya a Cuba como los instigadores de una revolución aceptada a regañadientes; sino como el auxilio prometido que esperó, para ir, a que lo solicitase la Isla revolucionaria, con unanimidad y premura de que queda toda especie de constancia.

Este era el triunfo absoluto de su plan: la guerra deseada como único medio de salvación, no la guerra importada e impuesta al país que la rechaza.

Y mientras vivía en el sobresalto de cada minuto perdido, las demoras continuas por pequeñas diferencias le llevaban ya a pensar en el modo de salvar lo posible si la dilación injustificable los privaba de la conjunción feliz que había concebido. El lo escribe así:

Mil pequeñeces me mortifican en este instante, y roban el tiempo: y la indecible angustia de Cuba y del precioso tiempo que hemos perdido.

En estos instantes un cable de Costa Rica le trae esta noticia: Maceo herido. La ansiedad es enorme, aumentada por la demora en recibir respuesta a sus preguntas sobre el estado del herido. Por suerte no es cosa grave, y Maceo se repone prontamente.

La Isla está pendiente de que se fije fecha para iniciar la revolución. Se aproxima el instante de la arrancada. Toda demora es un riesgo de perder, no sólo los fondos que han podido levantarse a última hora, sino también la autoridad de la prudencia, que haría difícil el éxito de nuevas empresas. Y las intrigas aumentan en la Isla: falsas comisiones quieren sembrar la desorientación y la duda en los jefes del movimiento y deshacer la confianza y el entendimiento. Martí, desde lejos, pone en claro y desteje las malas tramas, y está sin cesar sobre el papel enviando sus mensajes aclaratorios y finales. Era la proximidad de los acontecimientos lo que llevaba a los enemigos de la libertad de Cuba a utilizar esas armas de confusión y discordia. Pero la verdad se imponía: Martí tenía la virtud de iluminar los corazones con su sinceridad transparente. A todo atiende y todos le escuchan; todo se esclarece, y llega el instante en que los jefes militares designan a los hombres que han de conducir los barcos en que ellos mismos llegarán a la Isla en la oportunidad precisa, es decir, cuando ya la revolución cunda en ella, realizándose así la perfecta conjunción de esfuerzos que Martí deseaba.

El plan, elaborado con todo detalle y precisión, desarreglado una y otra vez por las circunstancias y vuelto a arreglar, motivo de confirmaciones y avisos incesantes, incluía la salida escalonada y la llegada simultánea de tres expediciones, garantizadas igualmente las tres. Una, la que saldría en busca del general Maceo, quien había delegado en el coronel Patricio Corona; otra, la del general Gómez representado por el general Mayía Rodríguez, portador y testigo cerca de Martí de instrucciones finales de marcha. Se les junta Enrique Collazo, que llega a Martí en nombre de Occidente y de las conexiones de Oriente. Los detalles se ultiman, y acaba por firmarse un acta fijando y comunicando a la Isla un plan que no revela el de las expediciones, pero que se ajusta en plazo y lugares a él.

Uno de los barcos, el *Amadís*, está a punto de salir. Irá rumbo

a Costa Rica, en busca de Maceo. Llevará armas y hombres, todo lo mejor que se ha podido conseguir. Otro barco irá rumbo a Santo Domingo, donde lo espera Máximo Gómez, y en él irá Martí. Un tercero conducirá la expedición mandada por los generales Serafín Sánchez y Carlos Roloff, y será el último en partir, ya que saldrá directamente hacia Cuba.

En cuanto al *Amadís*, he aquí la composición que había hecho Martí. El capitán del barco va preparado a tomar unos amigos de Mr. D. E. Mantell, en el lugar donde le indique el empleado Miranda (Patricio Corona), que irá a bordo. Esos amigos que recogerán en el camino van a visitar la mina de manganeso que Mr. Mantell posee en la costa de Santiago. El barco lleva, además de sus botes usuales, uno grande, de 30 piés, que Martí había adquirido, y comida y carbón para 25 días, además de mapas y armas. Y también está a bordo del *Amadís* un joven que va como hijo de rico y lo parece, que habla inglés muy bien y que es toda confianza para Martí: John Mantell, quien no era otro que Manuel Mantilla. En carta de 25 de diciembre Martí le dice a Maceo: "El barco que lo va a buscar sale hoy de su primera estación".

¿Cómo fracasa plan concebido con tanto sigilo y precisión? El general Serafín Sánchez ha designado cerca de Martí para que tome el cuidado de su expedición al coronel Fernando López Queralta, causante directo de todo el fracaso que se avecina. Notificado por Martí de la labor que debía realizar, se negó a conducir el barco ya contratado, casi en los mismos momentos de salir, en las condiciones aceptadas por las cabezas de los demás grupos, asegurándole que podría proporcionarle un barco en condiciones preferibles. Y después de saber que no lo podía conseguir, se condujo de tal modo que hizo público su objeto, corriendo la noticia a los dueños de las otras embarcaciones; y como si fuera poco, aún hace el envío de las armas por ferrocarril, manifestadas como artículos militares. Martí intenta vencer los obstáculos, y cuando ya parecía dominar la situación, llega a New York una denuncia expresa, sorprendiéndose el barco en momentos en que estaban a bordo la carga y los hombres.

Fueron horas de dolor intensísimo, en que Martí parecía a punto de perder la razón. Así nos lo pinta Enrique Collazo, que

en compañía de Mayía Rodríguez ha salido en su busca, y lo encuentra en un hotel de la Florida. Martí no hace sino repetir la misma frase: "Yo no tuve la culpa, yo no tuve la culpa..." Collazo y Mayía, que llevan el propósito de exigirle cuenta de lo sucedido, comprenden la sinceridad de aquel dolor, y lejos de inculparle le dan ánimo para sacarlo de su aflicción. Lo consiguen, y a poco están en nuevas empresas. Desvanecida aquella posibilidad de conjunción, Martí se lanza por nuevos rumbos a salvar lo posible y a restablecer en el plazo más corto la concertación de esfuerzos, punto esencial de su plan.

La nueva labor ha de ser breve, si ha de contarse con todo lo hecho en el país, que ahora tiene en sus manos empezar sin aguardar la dirección militar, o esperar los rápidos ajustes con esa dirección. "Cumpla el país su voluntad—dice Martí—, que mi puesto no es mandar, sino servir".

Pero el fracaso de Fernandina, lejos de restarle autoridad, le da la máxima significación entre los hombres de la guerra y ante todo el pueblo cubano. Cuando la noticia se publica en la prensa de La Habana —nos contaba Juan Gualberto Gómez—, un grupo de cubanos estaban reunidos en espera de las órdenes de Martí. Y lejos de causarles desilusión o de significar descrédito, la noticia sirvió para que los más descreídos, entre los que sobresalía el coronel Julio Sanguily, prorrumpieran en frases de alborozo al saber que había realizado tan magna labor. Lo que se perdió con las expediciones, se ganó con creces en entusiasmo y decisión. Ya sólo se trataba de arreglar el transporte a Cuba de los jefes de la revolución, y como Martí escribió en esos momentos, a Cuba lo mismo se llegaba en un Leviatán que en una cáscara de nuez.

Recompuesto cuanto era posible recomponer, recogidos los nuevos aportes de emergencia para salvar del desastre la dignidad cubana, Martí firma en Nueva York, el 29 de enero de 1895, y con él Enrique Collazo y Mayía Rodríguez, la orden de alzamiento general, con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, fijándose como fecha la segunda quincena de febrero.

Dos días después, el 31 de enero, sale para Santo Domingo el barco que lleva a Martí a juntarse con el general Gómez. Ya

para entrar a bordo, escribe a Maceo: "La Isla salta, y aun aguarda un poco. Acá, soberbio espíritu, y hoy mejor. Sólo falta llegar".

En Montecristi recibe la noticia del alzamiento en Cuba. Resplandecen ante su vista las palabras que acaba de leer: "Revolución en Occidente y en Oriente". Su gran responsabilidad comienza, tras las angustias e inquietudes que arrastró por tantos años con el temor de que no le alcanzara la vida para ese empeño a que la había consagrado. "Abracémonos en el dintel, y querámonos ahora más que nunca. Lo hemos hecho, y aún me parece sueño. Recio, pues, y sin noche, sobre las mismas líneas: caridad, energía y vigilancia". Y toda su prédica vuelve a encenderse a la "santa noticia". Y de nuevo entra en vertiginoso movimiento para juntar en los campos de Cuba libre a los jefes que han de conducir las batallas decisivas. "Lloraría si quisiera—escribe a sus amigos— al abrazarlos como los abrazo. Pero son lágrimas de las que miran al cielo, y caen sobre el corazón".

[illegible]

[illegible]

Ideario de la Revolución,

por Emilio Roig de Leuchsenring

INICIOS DE LA REBELDIA CUBANA:

Terminada la Conquista, que fué minera, y empleó al indio, exterminándolo en poco tiempo, mediante el trabajo durísimo y el trato inhumano de las encomiendas, e introdujo la trata y la esclavitud africanas, le sucedieron tres siglos de factoría; ésta es agrícola e industrial y tiene sus cimientos en la esclavitud. Durante este período, Cuba no fué para España sino fortaleza y presidio, punto de escala de las flotas y motivo lucroso de contrabando; pero a lo largo de él van apareciendo los trabajadores de Islas Canarias, que, dedicados preferentemente al cultivo del tabaco, constituyen el inicio del campesinado cubano libre y promueven en 1717-23 el primero y único movimiento revolucionario desarrollado en Cuba, a través de todos los tiempos, de genuino y exclusivo carácter económico, tanto en sus causas y orígenes como en sus finalidades y peripecias; la primera protesta criolla, y la única de índole revolucionaria, contra el monopolio abusivo y perjudicial para nuestro pueblo, y singularmente para el campesinado; y el primero y único estallido de rebeldía—ahogado bien pronto en sangre—contra la explotación económica colonial en esta Isla.

Al calor de la influencia que dejaron sentir en la economía y sociedad cubanas los trabajadores franceses emigrados de Haití a fines del siglo XVIII y del ejemplo de las revoluciones francesa y norteamericana y de las luchas emancipadoras de los pueblos de Hispanoamérica, se inician en Cuba, ya en el siglo XIX, las tentativas y movimientos independentistas, provocados y exacerbados, a su vez, por el despotismo metropolitano y la infructuosidad de las demandas por un mejor trato y una mayor justicia, que son formuladas, individual y colectivamente, por colonialistas y reformistas.

La guerra libertadora de 1868 fué encabezada por los grandes

terratenientes cubanos: movimiento de arriba hacia abajo, que no obstante perseguir el beneficio material de conservar la preeminencia de que gozaban aquéllos como hacendados y ganaderos, destruyendo las trabas de todas clases que al libre disfrute de la riqueza nacional encontraban en el régimen colonial imperante, ofrece en sus iniciadores y mantenedores la curiosa, peculiarísima y laudable contradicción, ya apuntada por Armando Hernández en una de las lecciones del *Curso de Introduccón a la Historia de Cuba*, de mantener ideas y principios liberales, igualitarios y progresistas, que los llevan, además de las necesidades de la misma lucha armada, a decretar y hacer efectiva la abolición de la esclavitud, incorporándose al ejército de la revolución, en un plano igual, los hombres de color, esclavos y libres, algunos de los cuales llegan a alcanzar por su capacidad militar probada, por su brillantísima inteligencia y su certera visión política, puestos preeminentes en los organismos militares y políticos de aquella contienda.

Esta termina, o mejor dicho tiene su tregua, en el Pacto del Zanjón, que a pesar de la ignorancia y falsía españolas que envuelve, constituye un triunfo doblemente grande y trascendental para los cubanos: el reconocimiento de la personalidad de la revolución separatista, y el reconocimiento, asimismo, de la abolición de la esclavitud, proclamada desde 1868 en los campos de Cuba libre, que el Gobierno español se ve obligado a hacer extensiva poco después a todos los hombres de color de Cuba.

Los señores feudales cubanos que se lanzaron a la incierta aventura de independizar la Isla del despotismo español, no sólo vieron frustrados esos ideales en 1878, sino que además se encontraron totalmente privados de sus preeminencias económicas, desplazados como terratenientes, transformados los que supervivieron en burócratas o en proletarios. De este modo la guerra de 1868 produjo el traspaso de la economía nacional, de manos cubanas, aunque éstas fueran unas pocas manos privilegiadas, a manos españolas o de cubanos españolizantes.

CRECIENTE DOMINIO DE LA ECONOMIA CUBANA POR LOS ESTADOS UNIDOS.

En ese período interesantísimo de nuestra historia (1878-1895) comprendido entre la tregua del Zanjón y la nueva guerra ocu-

rrió en nuestra tierra, entre otros hechos de significación y trascendencia extraordinarias para la suerte futura de la Isla, el desplazamiento de España por los Estados Unidos como metrópoli comercial de Cuba, debido ello no sólo a las circunstancias fatales de nuestra situación geográfica, vecindad al territorio de la Unión y riqueza de nuestro suelo, al expansionismo imperialista de Norteamérica ya en marcha en aquellos tiempos, y a los propósitos manifestados desde 1805 por el Estado norteamericano de poseer la Isla, sino también, a los errores y torpezas de los gobernantes españoles.

Por esas diversas causas señaladas, el mercado de España había ido poco a poco desapareciendo para Cuba, así como también los de otras naciones europeas, sustituídos por el de los Estados Unidos, como único de la Isla.

Muy difícil resulta presentar un estado comparativo, año por año, de 1878 a 1895, del comercio de Cuba con los Estados Unidos y con España, pues si bien las estadísticas norteamericanas están al alcance de todos, en cambio las españolas no se llevaban con regularidad y método, y sólo pueden encontrarse datos aislados e incompletos, después de larga búsqueda en nuestros archivos y bibliotecas públicas y en los boletines de la Cámara de Comercio de La Habana.

En 1882, España compra a Cuba 23.532,000 pesetas, contra $70.450,652 a que ascienden las compras hechas por los Estados Unidos.

En 1892, exporta Cuba a España 49.587,000 pesetas, y en ese mismo año exporta a Estados Unidos 77.931,671 de dólares. Todas estas cifras están tomadas del *Boletín de la Cámara de Comercio de la Habana* de 1895.

Por último, en 1894, el año anterior al estallido de la última guerra emancipadora, y según el *Directorio de La Habana y Guía Comercial de Cuba*, publicado en Nueva York en 1899, Cuba importa de España $30.620,210 en dólares, y de los Estados Unidos, en dólares también, $32.948,200. Pero si ya en estas cifras se ve la merma que España empieza a sufrir como mercado de Cuba y los primeros pasos que dan los Estados Unidos para suplantarla, la transformación radicalísima se ha realizado por completo en lo que se refiere al desalojo de España como metrópoli comercial de Cuba

y su sustitución por los Estados Unidos, al extremo de depender por completo la Isla de Norteamérica, como exclusivo mercado para sus productos. En ese año de 1894 Cuba exporta a España en dólares $8.381,661, contra $93.410,411 que vende a los Estados Unidos. Absoluta y totalmente, Cuba es, al estallar la guerra de 1895, como dije antes, colonia comercial de Norteamérica.

CARACTERES QUE IMPRIME MARTI A LA NUEVA REVOLUCION.

a) *Antimperialismo y americanismo.*

Martí, desde el inicio de sus empeños libertadores, no deja de tener en cuenta esta singularísima y trascendente circunstancia que era el dominio económico de Cuba por los Estados Unidos. Y con visión de estadista genial, comprendió que en la nueva guerra que él había organizado y se proponía desenvolver, los cubanos sólo podían arrebatar a España lo que ésta en realidad poseía en Cuba—la soberanía política—, necesitándose impedir que la preponderancia comercial que ya los Estados Unidos ejercían sobre Cuba se transformara en completa y peligrosísima absorción económica, si los propios cubanos no evitaban la participación de Norteamérica en la separación de la Isla de España.

Conocía también Martí perfectamente cuál había sido el pensamiento de políticos y estadistas norteamericanos respecto a Cuba y cómo la consideraban tierra de imperioso control, según veremos más adelante, para la mejor satisfacción de sus necesidades políticas, económicas y militares. Al mismo tiempo, su larga permanencia en los Estados Unidos como exilado político le había hecho descubir lo que él llamó "las entrañas del monstruo", para el que quería tener, a fin de domeñarlo e impedir que devorase a su patria y a la América, "la honda de David".

Pero aún hay más. Su concepción independentista no se limitaba a romper las cadenas del despotismo español en Cuba y conseguir la creación de una nueva república americana, sino que aspiraba a que Cuba, independizada al mismo tiempo que Puerto Rico—y constituídas en naciones libres, aunque pequeñas territorialmente, fuertes por su grado de cultura y civilización, respe-

tadas de las demás por saberse respetar a sí mismas, campos de verdadera democracia, gobernadas celosamente por hombres austeros y capaces, elegidos sin artimañas ni imposiciones por la mayoría de los electores, verdaderos y conscientes ciudadanos—fuesen ambas Repúblicas valladar que impidiese el desbordamiento del imperialismo norteamericano sobre las Antillas, sobre Hispanoamérica y sobre el mundo.

Por todas estas poderosísimas razones, Martí no sólo no contó ni con el apoyo moral ni con el material del Estado norteamericano, sino que, dando a su obra político-revolucionaria un trascendental carácter internacionalista y americanista, luchó hasta morir por que la revolución, debidamente preparada y organizada, y lanzada a tiempo, triunfase por sus propios medios, y dejó trazadas a sus compatriotas las normas y bases sobre las que debía cimentarse la futura República para vivir, con vida económica libre, vida política soberana, y realizar, conjuntamente con Puerto Rico independizada, la misión excepcional que su genio político le tenía reservada a esas dos islas.

Martí, sin comprobar, porque no existía en su época, el fenómeno imperialista norteamericano, previó su advenimiento y trató de impedir sus desastrosas consecuencias. De tener carácter solamente nacionalista la obra de Martí, le hubiera bastado conquistar la independencia para su patria nativa, pero consideró necesaria a la vez y conjuntamente, la libertad de Puerto Rico, para no dejar en manos de España esa tierra antillana y en peligro inminente de caer en poder de Norteamérica, con lo que se frustrarían sus propósitos antimperialistas.

Esa extraordinaria, no igualada, y apenas comprendida visión política de Martí—que he estudiado ampliamente en mi ensayo *El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí*—la descubrimos, arraigada ya en su pensamiento, desde que comienza sus trabajos revolucionarios por la independencia de Cuba, comprobándose claramente que el ideal libertador cubano y el ideal antimperialista brotan hermanados en su mente y en su corazón, y hermanados marchan durante toda su actuación política.

Hecho carne de su carne, sangre de su sangre, todo su pensamiento y toda su dedicación, "problema de tanto alcance y de honor

tanto", Martí ofrendó su vida por la libertad de Cuba, pero también por libertar a Hispanoamérica y al mundo de la futura y temible invasión del imperialismo yanqui.

Y muere Martí con esos ideales en el pensamiento y en el corazón. A ellos abrazado va a la muerte.

En el manifiesto de Montecristi declara:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo.

Y aclara la significación excepcional de la revolución, agregando:

Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien del hombre, la confirmación de la República moral en América y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.

Yo alzaré el mundo...

Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.

"Estamos haciendo obra universal", proclama, ya alzada Cuba en armas, en comunicación de febrero de 1895. El 18 de mayo, víspera de la tragedia de Dos Ríos, le escribe a Manuel Mercado su famosísima carta, testamento político, en la que, presagiando su fin inmediato le dice:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.

Y confesándose al amigo querido y lejano, le dice:

Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, pues de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Esta actitud no significa animadversión gratuita ni odio vano y contraproducente a Norteamérica. La situación especialísima de Cuba, en lo geográfico y en lo económico, obligaba a la amistad y a las cordiales relaciones con los Estados Unidos, pero sin lazos funestos de vasallaje y dependencia, ni políticos ni económicos. En carta a Gerardo Castellanos, de 9 de agosto de 1892, hace ver Martí que no pretende que los cubanos sean enemigos de los Estados Unidos, sino que piensa que "debemos tener la firme decisión de merecer y solicitar y obtener sus simpatías, sin la cual la independencia será muy difícil de lograr, y muy difícil de mantener"; amistad que no puede significar ni para Cuba y para los demás pueblos de nuestra América, sometimiento a una nación como "el Norte revuelto y brutal, que los desprecia". Juzga, y juzga bien, que

No hay más modo seguro y digno que obtener la amistad del pueblo norteamericano que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdeñan a los que no se tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito, hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte y empequeñecérsele es el modo certero de merecer la punta de su pié más que la palma de su mano. La amistad, indispensable, de Cuba y los Estados Unidos requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte con más facilidad y rapidez que los del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba.

b) Apoyo popular.

Si la guerra de 1868 fué, según apunté, obra de los grandes terratenientes, movimiento de arriba hacia abajo, en la guerra de 1895 Martí cuenta por el contrario con el apoyo personal y económico de los trabajadores, tabaqueros en su mayoría, emigrados en el Sur de los Estados Unidos. Gran demócrata, al mismo tiempo que gran internacionalista, para quien "patria es humanidad, aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en la que nos tocó nacer", a los hombres los consideraba hermanos, sin distinción de nacionalidades ni razas, y muestra su identificación

absoluta con los trabajadores, con "los pobres de la tierra". "Con los oprimidos—proclama—habrá que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores".

c) Ausencia de odio.

Organiza y desata Martí la guerra contra España por la independencia de Cuba, porque desde muy niño, en su hogar, en el presidio político y en el exilio español se arraigó en él la firmísima convicción de que ni España ni de los españoles podía Cuba esperar nunca ni justicia ni libertad; pero no por ello experimenta ni predica odio hacia los españoles, entiéndase bien, hacia los que él llama los "buenos españoles", o sea aquellos que aman la libertad para su patria y para todos los pueblos y que en el gran problema cubano se colocan al lado, no de los que maltratan y explotan a Cuba, y a la propia España, sino junto a los cubanos que peleando por la independencia de su país luchan también por el bienestar de los mismos españoles en Cuba residentes.

Uno de los motivos que el insigne puertorriqueño Eugenio María de Hostos señalaba a los pueblos y gobiernos de Hispanoamérica para que se decidiesen a ayudar a Cuba en la lucha independentista, lo constituyen los procedimientos de los libertadores cubanos, que, en contraste con la manifiesta crueldad española,

prueban que no hay ninguna necesidad de convertirse en irracionales para sostener el derecho contra la fuerza, la libertad contra la esclavitud y la justicia contra la injusticia.

Se refiere Hostos a aquel pelear sin odios que dió carácter peculiarísimo a la guerra libertadora cubana de 1895, debido a la influencia decisivamente beneficiosa que en ella ejercieron los puros principios martianos de luchar y vencer con ausencia completa de odio.

La insigne maestra, pensadora y poetisa chilena Gabriela Mistral ha sabido ponderar admirablemente ésta que considera una de las máximas virtudes de Martí, y por la que lo califica de "luchador sin odios". Y en la notabilísima conferencia que pro-

nunció el 26 de junio de 1931 en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, de La Habana, dice:

El mundo moderno anda muy alborotado con esa novedad de Mahatma Gandhi, combatiente sin odiosidad. El fenómeno, tan difícil, de combatir sin aborrecer apareció entre nosotros en esta Cuba americana, en este santo de pelea que comentamos... Martí pelea sobrenaturalmente, sintiendo detrás de sí la causa de la independencia cubana, que le quema la espalda, y mirando delante al montón de los enemigos de ella, impersonal, sin cara que detestar, casi sin nombre, con el solo apelativo abstracto de tiranía o de ineptitud.

Se ve obligada Gabriela Mistral—que en su aludida conferencia reconoce las raigambres españolas del estilo de Martí—a declarar que en esa virtud extraordinaria de pelear sin odio no hay nada hispano:

Esta vez sí, mis amigos, me resulta mi sujeto sin amarras con mi raza. Mucho ha odiado la casta nuestra, mucha fuerza ha puesto en esta operación de aborrecer de la cabeza a los pies y de tomar cada país, o cada partido, o cada familia, como el toro que es preciso descuartizar para salvarse, haciendo lo mismo con el becerro que le sigue y con el tropel de los que vienen.

Domingo Méndez Capote, general de nuestra última guerra emancipadora y autor de muchos de los más importantes documentos de carácter revolucionario y jurídico que en ella se proclamaron para fijar sus ideales y propósitos o reglamentar sus organismos y normas de vida, tanto en lo civil como en lo militar, ha reconocido igualmente la influencia decisiva que en la guerra de 1895 tuvieron esos puros principios martianos de pelear y vencer con ausencia completa de odio. Y en conferencia que pronunció el 2 de febrero de 1930 en la Academia Nacional de Artes y Letras, de La Habana, glosando el discurso de Martí de 26 de noviembre de 1891, afirma:

Es muy interesante ver cómo los principios santificados el 26 de noviembre se filtraron también en la revolución cubana e inspiraron sus documentos fundamentales y guiaron su conducta. En las Constituciones de Jimaguayú y de La Yaya están reafirmadas, en la forma y modo procedentes, las doctrinas de Martí. La revolución abrió los brazos y recibió a todo el que se acogió a su bandera, sin preguntarle qué hizo antes ni de dónde venía, y tratando a todos por igual. En el campo insurrecto sólo militaban

cubanos. La revolución, a pesar del trato terrible a que era sometida por el enemigo, le devolvió sus prisioneros, curó sus heridos, y no hizo al adversario males ni daños innecesarios.

d) *Firmísimos principios democráticos y liquidación total de la Colonia.*

La guerra de independencia tiene para Martí la finalidad inmediata de separar a Cuba de España y constituirla en Estado soberano; pero de tal modo realizado ese cambio de régimen político y *status* internacional, que origine el surgimiento y fundación de una patria que asegure "en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla... la dicha durable de sus hijos"; que cumpla, "en la vida histórica del Continente los deberes difíciles que su situación geográfica le señala"; y que liquide totalmente el régimen colonial, de manera que en la República cubana no pueda perpetuarse, "con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia", sino que quede fundado,

en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Así queda claramente expresado en las Bases del Partido Revolucionario Cubano.

Sobre esa necesidad de total liquidación colonial, que considera urgencia ineludible a realizar por la República y uno de los ideales primordiales de la guerra independentista, Martí escribió estas palabras precisas y concluyentes:

El trabajo no está en sacar a España de Cuba; sino en sacárnosla de las costumbres. Esto hacen en España misma los españoles sanos y entendidos; y esto nos ayuda en Cuba a hacer esa especie amable de españoles, y fuera de Cuba los que acá vienen huyendo de España, como pudiera el cubano mismo huir. Independencia es una cosa, y revolución otra. La independencia en los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln.

Ideales y programas tan altos y trascendentes llevaron a Martí,

en la nebulosa entrevista celebrada en La Mejorana por él y Máximo Gómez con Antonio Maceo, el 5 de mayo de 1895, a plantear ante los que él mismo había escogido como jefes supremos de la revolución, la urgencia de la organización inmediata de un gobierno civil que fuese levantando ya, en plena manigua insurrecta, sobre bases firmes la futura República. Según se desprende del diario del Apóstol y del de Máximo Gómez, éste último estuvo de acuerdo con Martí; no así Maceo, que tenía

otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes, —y una Secretaría General—: la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército.

Imposible conciliar en aquellos momentos tan profundas divergencias de criterio. Martí mantiene—dice—"rudo el Ejército, libre—, y el país, como país y con toda su dignidad representado". Se separan pues, Maceo, y Gómez con Martí, tomando rumbos distintos el primero y los dos últimos.

Aquellos dos grandes hombres—Martí y Maceo—, amadores y servidores ambos desinteresados de su patria, que a la libertad y felicidad de ésta consagraron y ofrendaron desde muy niños sus vidas, si chocaron más de una vez en cuanto a la forma y medios de realizar el común empeño libertador que uno y otro mantenían —al igual que en la guerra de 1868 ocurrió entre Céspedes y Agramonte—, fué posiblemente por su desbordado amor a Cuba, por celos, que ese amor engendraba y sostenía, de quién la servía mejor, sabiendo ambos, poseídos de la grandeza de su genio, que el pensamiento del uno y el brazo del otro eran indispensables al bien de la patria, y olvidando a veces, quizá, que de igual modo la patria necesitaba de la unión de sus dos corazones.

LAS CONSTITUCIONES DE JIMAGUAYÚ Y DE LA YAYA PROCLAMAN LOS IDEALES REVOLUCIONARIOS DE MARTI.

La batalla que no pudo ganar en vida, la ganó Martí después de muerto. Y en Jimaguayú, el campo inmortalizado por la sangre de Agramonte, se reunieron el 13 de septiembre de aquel mismo año los representantes de los cinco cuerpos del Ejército Libertador

para dejar constituída la República de Cuba y redactada y acordada la primera Constitución de esta guerra libertadora que había iniciado y organizado Martí. A salvo quedaron en aquella asamblea los ideales revolucionarios martianos.

Leyendo y estudiando las actas de las seis sesiones que se celebraron, encontramos que la gran preocupación de aquellos hombres, aun en medio de la finalidad inmediata que perseguían—la revolución armada, para alcanzar la independencia— fué el de que so pretexto de las mismas necesidades militares no se entronizara en el Gobierno de la República en armas y sirviera de pernicioso ejemplo al futuro Estado cubano, dictadura alguna, ya de un jefe, ya de varios caudillos, sino que, por el contrario, la más amplia y sana democracia inspirara la organización y la vida del gobierno revolucionario, como norma que a su vez debía seguirse en el gobierno de la República de Cuba.

En la *Introducción* escrita por los historiadores Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenia, compiladores de esa valiosísima colección de documentos, se hacen constar así estos particulares interesantísimos:

Una vez organizada la Asamblea Constituyente, inicióse la lucha de las distintas tendencias de los representantes. No pensaban, en efecto, de la misma manera todos los allí reunidos. Quien aspiraba al triunfo de un criterio absolutamente democrático, quien buscaba la adopción de fórmulas en pugna con esa manifestación. Pronunciáronse los orientales por la idea de crear un gobierno militar, suma y compendio de procedimientos rígidos. Otros, con Salvador Cisneros Betancourt a la cabeza, opinaban, en cambio, que era preferible el advenimiento de instituciones netamente civiles. La vieja contienda, la mantenida a través de la gloriosa guerra del Decenio, de nuevo surgía. Pero ni las circunstancias entonces presentes, ni el patriotismo puro de los representantes de la Asamblea reunida en Jimaguayú, iban a ser terreno abonado para posibles querellas entre los sostenedores del ideal cubano.

Y, al fin, triunfó la tendencia netamente democrática y fué derrotada toda fórmula que pudiera permitir o favorecer el entronizamiento de una dictadura, ya franca, ya encubierta o vergonzante.

Al efecto, se le dió al Gobierno una organización estrictamente civil, separándose los cargos de Presidente del Consejo, que era el

Presidente de la República en armas, y de General en Jefe, que no formó parte del Consejo de Gobierno.

Acuerdo importantísimo de la Asamblea fué el tomado en su quinta sesión, del día 16, al proclamar que la guerra entonces comenzada era continuadora de la que se inició el 10 de octubre de 1868. Y así se hizo constar en el Preámbulo de la Constitución. También aparece en éste recogida la doctrina martiana de la ausencia en los revolucionarios de todo odio hacia la Metrópoli y los españoles, declarando ante la patria los constituyentes, en nombre y por delegación de los cubanos en armas,

la pureza de sus pensamientos libres de violencias, de ira o de prevención, y sólo inspirados en el propósito de interpretar en bien de Cuba los votos populares para la institución del régimen y gobierno provisionales de la República,

que entonces surgía como Estado democrático, totalmente separado de la monarquía española, libre e independiente, con gobierno propio por autoridad suprema.

De aquella Asamblea Constituyente, la primera de la guerra libertadora del 95, salió una república civil y democrática y fueron repudiados todo gobierno militar y toda dictadura. Este carácter y esta tendencia democráticos y civiles inspiraron después todos los actos y acuerdos del Consejo de Gobierno durante sus dos años de vigencia. Y a tal extremo fué preocupación y norma de aquellos hombres evitar cualquier régimen autoritario y dictatorial, que desde sus primeras sesiones se ocuparon de votar leyes que imponiéndose a la voluntad caprichosa y despótica de cualquier caudillo sirvieran para encauzar y desenvolver la vida de la República en armas: Leyes del matrimonio civil, de Organización Militar, de Organización de Hacienda Pública, Gobierno Civil y Administración, Sanidad Militar, Servicio de Comunicaciones, Servicio Exterior; división política del territorio de la República, derechos individuales, ejercicio del comercio, operaciones agrícolas y propiedad pecuaria.

Los constituyentes de Jimaguayú y los que integraron el Consejo de Gobierno creado y elegido por aquella Asamblea, al proceder en la forma democrática y civil ya expresada, no obedecieron sólo a convicciones propias, sino que siguieron también las nobles ins-

piraciones y orientaciones del propagandista, iniciador, organizador y apóstol de la guerra que entonces se iniciaba por la libertad de Cuba: José Martí.

Tal como se establecía en la Constitución de Jimaguayú, dos años después de firmada ésta, y no habiéndose aún terminado la guerra contra España ni logrado el ideal independentista, los distintos Cuerpos del Ejército Libertador procedieron a celebrar elecciones de representantes que debían reunirse antes de que expirase aquel plazo, a fin de modificar la Carta Magna de acuerdo con las necesidades bélicas, elegir el nuevo Consejo de Gobierno y censurar al saliente. Y el 19 de septiembre de 1897 comenzó sus labores la Asamblea en Aguará, provincia de Camagüey, residencia del Gobierno, continuando sus tareas en La Yaya desde el 5 de octubre, hasta la clausura, el día 30.

Es de señalar, en primer término, la escrupulosa actitud asumida por los delegados que primero pudieron llegar al sitio de la reunión para no dejar, por una parte, acéfala a la República en armas, y de imponer, por otra, su criterio minoritario, frente a la mayoría, aún no integrada, impidiendo también que continuasen ilegalmente desempeñando los cargos, ya vencidos, los miembros del Consejo de Gobierno, y asumiendo en tan difícil y singular situación, los poderes todos del pueblo revolucionario la Asamblea, único organismo legal y soberano en aquellos momentos. Ya con plena mayoría la Asamblea, ratificó, en la sesión del 13 de octubre, los acuerdos tomados por la minoría primeramente reunida, comunicándolo así al Gobierno.

Preocuparon a la Asamblea los resultados incompletos, informados por el Secretario del Exterior, de la propaganda en Estados Unidos e Hispanoamérica, reconociendo "las simpatías sin embozo manifestadas por la masa del pueblo americano", en doloroso contraste con la indiferencia u hostilidad del Estado, que ni siquiera había reconocido la beligerancia del Ejército Libertador. En cuanto a los países hispanoamericanos, sólo fué posible destacar el gesto decididamente favorable y sobresaliente del Ecuador,

que por medio de su Presidente—Eloy Alfaro—dirigió a España el ofrecimiento de sus buenos servicios para que renunciase a sus derechos de soberanía sobre la Isla en las condiciones las menos gravosas para su erario.

Otro problema importantísimo tratado por la Asamblea fué el referente a las recaudaciones en metálico obtenidas de los simpatizantes cubanos en favor de la causa revolucionaria. De relieve se puso la marcadísima diferencia, ya prevista por Martí, manifestada por las diversas clases de nuestra sociedad, tanto en el territorio de la Isla como en el Extranjero: indiferencia absoluta a los ideales libertarios, por parte de las clases ricas; decidido y entusiasta apoyo y contribución, por parte de las clases pobres trabajadoras. Así, la Asamblea proclamó, con vista de los informes emitidos por el Consejo de Gobierno y por la Delegación de los Estados Unidos,

que se desprende que la fuente más segura de ingreso que ha tenido y que probablemente tendrá en el porvenir es y será la contribución del 10% que voluntariamente se ha impuesto la clase pobre de nuestra emigración.

En este particular coincidieron el dictamen de la mayoría de la comisión nombrada para el examen de la memoria del Secretario del Exterior y el voto particular emitido en aquélla por el representante Enrique Collazo, pues éste expresó:

Llama la atención un hecho sensible: mientras que las clases pobres continúan pagando puntualmente la contribución del 10%' las clases ricas permanecen indiferentes, sin acudir a llenar los empréstitos que se han tratado de realizar.

Martí, según vimos, cuando convocó a los cubanos a la revolución por la independencia, claramente hizo constar que quería, y que era necesario, hacer causa común con los oprimidos, "para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores", y en sus *Versos Sencillos* dijo: "Con los pobres de la tierra—quiero yo mi suerte echar". Los pobres de la tierra habían, pues, respondido a la llamada del Apóstol de nuestras libertades y redentor de los oprimidos.

Otro problema trascendente que discutió la Asamblea fué el de la actitud que, en representación de todos los patriotas libertadores, debía adoptar frente a las campañas de los cubanos autonomistas, partidarios de la continuidad de la soberanía española sobre la Isla, no convencidos aún,—como Martí lo estuvo desde los años iniciales de sus prédicas patrióticas—, de que el desenvolvimiento del proceso histórico cubano colonial había demostrado de modo

cabal que de la monarquía española, del Estado español, de los gobernantes metropolitanos, fuera cual fuese el partido a que perteneciesen o las ideas y doctrinas que sustentasen, Cuba no podía esperar jamás ni justicia ni libertad, ni siquiera que se oyesen y atendiesen los clamores, reiteradamente expuestos a través de los años, por mejoras y reformas.

En la sesión del 26 de octubre del citado año de 1897, a propuesta de Domingo Méndez Capote, Fernando Freyre de Andrade y Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, se acordó confiar al primero de ellos, presidente de la Asamblea, la redacción de un manifiesto, en que se hiciese constar

> de modo solemne, razonado y enérgico, que la actual guerra no puede terminar sino con la independencia absoluta e inmediata de toda la isla de Cuba, pues ése y no otro ha sido, es y será el objeto por el cual han tomado las armas los cubanos y ello solo constituye y puede constituir la solución definitiva del pueblo cubano, que implica la incompatibilidad irreductible que ha existido, que existe y existirá entre Cuba y España, sin que otra alguna sea decorosa y admisible para nosotros ni ofrezca garantía de orden, de estabilidad y de progreso para el país y para todo el que mantenga con él relaciones de cualquier clase.

Dicho manifiesto fué presentado por su autor en la sesión del 29, aprobándose por unanimidad, y acordando la Asamblea se imprimiera con la firma de todos los representantes proclamados. En él se calificaba la concesión de autonomía por España de "añagaza para sostener una situación que se derrumba", con el único intento de "establecer una autonomía a la española por los españoles y para los españoles". Muy por el contrario, los asambleístas se pronunciaron por la independencia absoluta e inmediata de toda la isla de Cuba:

> Queremos constituir un pueblo libre, ordenado, próspero y feliz sobre las ruinas de una colonia exangüe, explotada y envilecida.... Sólo con la victoria o con la muerte saldremos de los campos de Cuba libre.

Este ideal revolucionario de independencia absoluta fué llevado al preámbulo de la nueva Constitución, haciéndose constar de manera solemne

> la muy firme e invariable resolución del pueblo cubano de mantener la guerra por la independencia mientras Cuba no alcance ésta, com-

pleta y absoluta, de la soberanía de España, como única contestación que los cubanos ofrecen a los que puedan creer (desconociendo su ardoroso amor a la patria libre) en una posibilidad, por remota que fuere, de la terminación de la guerra por un tratado que no sea el reconocimiento explícito, inmediato y absoluto de la independencia de Cuba.

El Gobierno de la República fué confiado al Poder Ejecutivo, que residía en un Consejo de Gobierno y gozaba de facultades ejecutivas y legislativas.

En lo que se refiere a la contienda armada, el Consejo podía determinar "la política de guerra y las líneas generales de la campaña e intervenir, cuando a su juicio exista fundado motivo para ello, en las operaciones militares por intermedio siempre de los generales de la Nación"; y asimismo, levantar tropas, declarar represalias, conceder patentes de corso y conferir los grados militares de alférez a mayor general, en la forma que se estableciese en la ley de organización militar.

Estaba facultado, por último, el Consejo de Gobierno, para contratar empréstitos, fijando sus vencimientos e intereses, descuentos, corretajes y garantías, "siendo estrechamente responsable del uso que hiciese de estas facultades", como lo era también de las concedidas para la emisión y acuñación del papel moneda; para determinar la política exterior y nombrar y separar a todos los funcionarios diplomáticos; y para celebrar tratados con otras potencias, designando a sus plenipotenciarios, pero sin que pudiese delegar en ellos su aprobación definitiva. En cuanto al tratado de paz con España, debía ser ratificado por la Asamblea, precisándose que "no podrá ni siquiera iniciarse sino sobre la base de independencia absoluta e inmediata de toda la isla de Cuba".

Como ha podido comprobarse, en las dos asambleas constituyentes de la guerra de 1895 se mantuvo en toda su pureza la ideología revolucionaria proclamada por Martí, tanto en lo referente a la concepción genuinamente democrática, civil y antidictatorial de la propia guerra y de la futura República, como en cuanto al propósito de lograr la independencia absoluta, sin prostituciones españolizantes de autonomía y sin ingerencias protectoristas o anexionistas norteamericanas.

Estos ideales, principios y propósitos fueron igualmente man-

tenidos en todo tiempo por los dos altos jefes del Ejército Libertador, el general en jefe Máximo Gómez y el lugarteniente general Antonio Maceo, quienes ni un solo momento se apartaron de esa línea política democrática trazada por Martí, rechazando enérgicamente ofrecimientos o sugerencias, que no faltaron, para que uno u otro asumieran poderes dictatoriales, y pronunciándose, uno y otro, públicamente, en contra de toda cooperación de los Estados Unidos en la guerra, por considerar ambos, como Martí lo concibió, que ello significaría contraer compromisos altamente nocivos para la República en formación, y que la única manera de asegurar y garantizar a Cuba la independencia y soberanía absolutas era la no concertación de compromisos, pactos o tratados, políticos o económicos, que constituyeran cadenas difíciles de romper en la mañana. En mis estudios sobre *Máximo Gómez, su ideología político-revolucionaria*, y *Maceo, paladín de la cubanidad*, ofrezco abundantísima prueba reveladora de la inalterable actitud y conducta democráticas y antimperialistas de los dos insignes caudillos de nuestra última gesta libertadora.

En cuanto al general Calixto García Iñiguez, que a la muerte de Maceo ocupó el cargo de Lugarteniente del Ejército Libertador, fué siempre ejemplar demócrata, y en su extensa comunicación de primero de mayo de 1898 al vicepresidente de la República en armas, doctor Domingo Méndez Capote, y en su viril rechazo del agravio que le infirió el jefe del ejército americano, W. R. Shafter, al terminarse la Guerra Hispano-cubanoamericana, reveló, bien a las claras, que conocía y le preocupaban intensamente los peligros de la ingerencia norteamericana en la contienda hispano-cubana, y que no toleraba humillaciones ni faltas de consideración y de respeto por parte de Norteamérica, ni a su persona ni a su patria. En el libro de Gerardo Castellanos G.—*Tierras y glorias de Oriente, Calixto García Iñiguez*—aparecen acuciosamente recogidas e inteligentemente presentadas y acotadas las pruebas de esta actitud y conducta cubanísimas del último Lugarteniente General del Ejército Libertador.

Operaciones Militares Cubanas,

por Miguel Varona Guerrero

Sobre las distintas campañas militares del Ejército Libertador cubano en 1895, año primero de nuestra última guerra de independencia, trata esta conferencia, auspiciada por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y la Oficina del Historiador de la Ciudad, de acuerdo con el fundamental propósito de conmemorar el cincuentenario del 95 en este caso y referirse, en oportunidades futuras, a las restantes campañas de 1896, 1897 y 1898.

Tratándose, pues, de la interesante ordenación y divulgación de esa parte bélico-patriótica de nuestra historia, tendiente a su extensa difusión como se entiende en la declaración de los objetos de los Congresos Nacionales de Historia,

más allá del círculo de los especializados, hasta el corazón mismo del pueblo, para lograr la reafirmación permanente de la fe cubana en la evolución histórica de la nacionalidad,

¿cómo negar el reclamado concurso nuestro a tan plausible propósito, siquiera sea como actores y relatores modestos de la gran epopeya cubana?

Iniciamos, pues, este trabajo con el primordial recuerdo de lo que fué ese pequeño ejército libertador combatiente, en su inicial e improvisada etapa organizadora, que en mucho contrastaba con la de su adversario el ejército español, grande en tropas, rico en medios combativos y de una tradicional organización técnica; extremo éste que elevamos a la categoría de premisa, sin la que resultaría difícil la deseada comprensión y ponderación de lo que realmente fueron las bélicas actividades que nos ocupan.

Primordial es también la enumeración de los principales jefes militares de los primeros grupos rebeldes a la soberanía española,

en 24 de febrero y meses siguientes del año 1895, tal como pronto expondremos.

En la acción ofensiva y defensiva de las primeras campañas del ejército libertador cubano, cuando en 1895 la organización, experiencia y pertrechos de guerra escaseaban, hubiera sido esto bastante motivo de fracaso militar, si los jefes, oficiales, clases y soldados veteranos de la Guerra Grande del 68 no hubieran actuado como lo hicieron, aportando su gran maestría en el arte peculiar de nuestras guerras de independencia.

De ahí que esa pronta movilización de jefes, oficiales, clases y soldados veteranos, junto a la mística patriótica que animó a la juventud revolucionaria del 95, produjeran una magnífica capacidad combativa inicial, que en las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas, más aprovechadas que las otras en la tradición bélica, permitió de inmediato la realización de un conjunto de indispensables campañas, operaciones y acciones de guerra, animadas en cada caso por el intento de un fin militar dado; sin que lo hubiera podido evitar la ya apuntada superioridad de la tropa española sobre la cubana, tal como decimos a continuación.

Desde el 24 de febrero hasta el desembarco de los generales Maceo y Gómez, en 29 de marzo y 11 de abril respectivamente, sólo existió una rudimentaria organización divisionaria y de mando militar, al este de la provincia de Oriente (después Primer Cuerpo), así como al oeste de la propia provincia funcionó el Segundo Cuerpo, en Camagüey el Tercero y en Las Villas el Cuarto. Mas la presencia de dichos generales Gómez y Maceo en el teatro de las operaciones y la pronta celebración, en septiembre del propio año 1895, de una asamblea constituyente creadora de un gobierno civil, culminaron en la siguiente organización militar:

Una división territorial militar y de mandos y unidades para toda la Isla, a base de dos Departamentos, seis Cuerpos, las correspondientes Divisiones, Brigadas y Regimientos; correspondiendo al Departamento Oriental las partes Este y Oeste de Oriente y el Camagüey y al Occidental las provincias de Las Villas, Matanzas, Habana y Pinar del Río. Este Departamento Occidental se organizó y funcionó en enero de 1896, a diferencia del Oriental, que actuó desde septiembre del 95, comandado primero por el general Francisco

Carrillo Morales, después al mando directo del Consejo de Gobierno Civil y finalmente, ya en 1896, del general Calixto García Iñiguez. Este último período de mando y el del general Antonio Maceo en los primeros meses del año 95, fueron los más eficientes.

La proporción numérica entre los ejércitos contendientes que nos ocupan fué, en 1895, de un cubano contra diez españoles armados, en las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas, y la de uno contra quince (5.000 contra 75.000) en las provincias occidentales, mientras tuvo lugar la campaña de invasión (22 de octubre del 95 a 22 de enero del 96); ya que los cubanos armados ofensivamente en todas las provincias de la Isla no excedieron, en este primer año que nos ocupa, de unos siete mil. En cambio, los españoles contaron en la época del mando del general Calleja, con trece mil doscientos soldados regulares, y además, los voluntarios y guerrilleros existentes; a la vez que durante el mando de su sucesor, el general Martínez Campos, esa tropa ascendió a ciento cuatro mil cuatrocientos veintiún soldados regulares y los ya referidos voluntarios y guerrilleros.

En la campaña de invasión al Occidente la tropa cubana del ejército invasor no excedió de cinco mil hombres, deficientemente armados y peor municionados, ya que su promedio de municiones por cabeza sólo fué de cinco a quince disparos, sin otro repuesto que el quitado eventualmente al enemigo, en tanto que los españoles contaron con los ya referidos 104,421 individuos de tropa regular y los guerrilleros y voluntarios aludidos, con más el mejor armamento de la época: fusiles Mauser, artillería moderna y abundantes municiones y equipos de guerra; ciento cincuenta disparos por soldado en operaciones y un prudencial repuesto llevado por cada columna en sus acémilas de carga, amén de otros abundantes depósitos en las factorías existentes en los *centros de operaciones* situados en las propias localidades de la Isla donde las distintas unidades militares españolas referidas centraban sus actividades bélicas locales.

La tropa cubana disponía solamente de dos armas, consistentes en caballería é infantería; con tal predominio la primera sobre la segunda, que en mucho se usó y abusó de ella, aun en embestidas imprudentes a los cuadros de infantería española, cuyos disparos de sus fusiles Mauser de cañón largo, por su alcance de 2.400 metros,

hacían bajas a la caballería cubana desde esa distancia hasta llegar al cuerpo a cuerpo.

La única excepción al apuntado abuso de dicha arma de caballería se dió en la parte este de Oriente, sierras de Cubitas y Najasa en Camagüey, lomas de Trinidad y Cienfuegos en Las Villas, Jatibonico en Remedios y Banao en Sancti Spíritus, donde la condición montañosa y escarpada impuso la infantería. Los demás cuerpos anexos: sanidad militar, servicio jurídico y organización civil, no fueron combatientes, sino auxiliares.

En cambio, contaron los españoles con las armas de caballería, infantería, artillería, cuerpos de ingenieros, sanidad, jurídico y administración militar debidamente dotados de abundante medios; lo que junto al completo dominio de todas las comunicaciones y transportes (telégrafos, teléfonos, heliógrafos, ferrocarriles, embarcaciones de mar y río) les permitía lograr una información y una movilidad de tropas y pertrechos rápidas y eficientes.

Otro muy desfavorable contraste entre el ejército cubano y el español fué el del anticuado y deficiente armamento del cubano, consistente en viejos fusiles Peabody, escopetas de perdigón, Remington, Winchester y Relámpagos; todo ello sin contar el hecho de que muchos inexpertos reclutas de los primeros tiempos del alzamiento, que tuvieron la suerte de procurarse algún Remington de infantería, de cañón largo, hubieron de recortárselo, para facilitar su uso en la caballería, pero con la consiguiente reducción en su trayectoria y puntería. Los revólvers en uso fueron de calibre 38 los más y de 44 los menos, de los tipos o marcas entonces predominantes, que se llamaron Smith, Vizcaíno, Laffousier y Bulldog, cuyo alcance no excedía de las veinticuatro varas.

Si a todo esto agregamos que la crónica falta de municiones de guerra obligaba a limitar los disparos a no más de cinco a diez por soldado (cuando las circunstancias permitían ese lujo), en tanto que los contrarios sobrepasaban de los cien o ciento cincuenta para cualquier escaramuza, amén de los repuestos, bien podrá advertirse la enorme desproporción existente, sólo afrontable por aquellos suicidas mambises, a quienes tanto animó su místico lema de "independencia o muerte". De ahí también que sus mayores éxitos descansaran en las cargas de caballería, que de modo fulminante

entablaban la lucha al arma blanca (machetes, sables y bayonetas) en sus esforzados lances cuerpo a cuerpo.

La completa carencia de artillería de los cubanos en 1895 les impedía perforar simples casas de mampostería, convertidas en muchos casos, en fortines españoles, sólo atacables y rendibles por sorpresas nocturnas o avances a pecho descubierto, en unos asaltos sorpresivos muy riesgosos. En los siguientes años de 1896, 97 y 98, se contó con alguna artillería de campaña, siempre deficiente en municiones, artilleros peritos y efectividad militar.

En general, al equipo militar de los cubanos, en relación al de un ejército regular cualquiera, nunca pudo tenérsele por tal; y a sus medios de transporte y comunicación, mucho menos, pues no pasaban de los que primitivamente usaron los aborígenes.

Por lo dicho apreciarán los oyentes la enorme desigualdad numérica de tropa, calidad armamentista y de equipos complementarios, entre españoles y cubanos combatientes; a extremos tales, que en 1896 y años siguientes la ofensiva de las unidades militares españolas en operaciones, era casi siempre de ocho o diez columnas contra cada unidad local cubana, dentro de los distintos distritos denominados "brigadas", en que generalmente estuvo dividida cada provincia por la organización de la República en armas.

Contra todos esos elementos combativos españoles fué contra los que luchó la improvisada *milicia popular cubana,* cuya inferioridad material, aunque suplida o mejor dicho, superada por la mística patriótica, dificultó en mucho el triunfo militar, que en caso contrario se hubiera acelerado grandemente, por ese valor combativo suicida ya referido, la dislocante movilidad y la constante sorpresa a los españoles.

De sus dos primeros jefes militares, los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo—el primero de ellos como General en Jefe y estratega genial, y el segundo como Lugarteniente y táctico consumado—, dijeron altos jefes militares extranjeros de aquella época, que (1) si el ejército español hubiera contado con jefes similares, pronto hubiera podido dominar a la revolución cubana del 95; y (2) que si esos dos jefes cubanos hubieran contado con la quinta parte, solamente, de los pertrechos de guerra del ejército español,

pronto hubieran destruído, lanzado al mar o hecho capitular a su poderoso adversario español.

Si la extensión limitada de esta conferencia lo hubiera permitido, habríamos bosquejado los principales aspectos de la peculiar estrategia y táctica que el Ejército Libertador cubano aplicó en esos cuatro años de su guerra de independencia. Mas constreñidos a breves sumarios, sólo enumeraremos los siguientes aspectos principales:

1.—Acción bélica peculiar de guerrillas, en muchos casos.
2.—Estrategia peculiar guerrillera.
3.—Táctica peculiar guerrillera.
4.—Información militar confidencial.
5.—Exploración militar constante sobre el enemigo.
6.—Pelotones o piquetes o retenes en constante vigilancia y hostilidad sobre todo enemigo en operaciones.
7.—La calificación táctica de cada núcleo enemigo en operaciones.
8.—Emboscadas ofensivas y defensivas.
9.—Constante hostilidad, diurna y nocturna, en escaramuzas inquietantes.
10.—Movimientos constantes y rápidos.
11.—Engaños tácticos y estratégicos.
12.—La sorpresa como amiga del éxito.
13.—La retirada adecuada y oportuna del campo de la acción.
14.—Resguardo de campamentos.
15.—Resguardo de fuerzas en marcha.
16.—Elección de lugar para combatir, siempre que se pudo.
17.—Guerra típica de montaña, guerrillas, infantería, caballería, de grandes núcleos en movimiento, etc., según la topografía y circunstancias.

La Guerra de Independencia fué tan activa y sangrienta en sus cuatro años de duración, que llegó a contar en su alto mando, y a causa de la muerte o inutilidad de sus jefes, una sucesiva rotación de tres promociones, a saber (1) los iniciadores, (2) los continuadores y (3) los supervivientes del 98. De ahí que para mejor explicación hagamos la siguiente enumeración de los principales de ellos:

1.—Iniciadores de la rebeldía en el 95 fueron en la *parte Este de Oriente*, Guillermo Moncada, José Maceo, Pedro A. Pérez, Emilio

Giró, Flor Crombet, Francisco Borrero, Agustín Cebreco, Alcid Duverger, Félix Ruenes, Enrique Brook, Evaristo Lugo, Pedro Ramos, Enrique Tudela, Prudencio Martínez y otros. Y en la *parte Oeste* lo fueron, Bartolomé Masó, José Sablón Moreno (*Rabí*), José Reyes Arencibia, Amador Guerra, Saturnino y Mariano Lora, Angel Guerra, Esteban Tamayo, Mariano Torres, José Manuel Capote, Luis de Feria Garrayalde, Salvador Hernández Ríos, Juan Ramón Benítez, Florencio Salcedo y otros.

2.—En la *provincia del Camagüey*, el comandante Francisco Recio, Luis Suárez, Oscar Primelles Cisneros, Lope Recio Loinaz, Bernabé Boza, Javier Vega Basulto, Maximiliano Ramos, Fernando Espinosa, Francisco Varona Tornes y otros.

3.—En la *provincia de Las Villas*, Rafael Casallas, Juan Bruno Zayas, Leoncio Vidal, Manuel Suárez, Joaquín Castillo, Juan Beloso, Pedro Díaz, Federico Toledo, Rosendo García, Carlos Roloff, Simón Reyes, Gerardo Machado Morales, Basilio Guerra, Alfredo Rego, Joaquín Rodríguez del Rey, José B. Alemán, Higinio Esquerra, Andrés Fonseca, Vicente y Antonio Núñez, Roberto Bermúdez, Francisco Peraza, Juan Bravo, Lino Pérez, Quirino Zamora y otros.

4.—En la *provincia de Matanzas*, Juan Gualberto Gómez, Antonio Coloma, Martín Marrero, Joaquín Pedroso, Francisco Pérez Garós, José Lacret Morlot, Clotilde García y otros.

De otros jefes que supervivieron a las campañas del 96, 97 y 98 se hablará en futuras oportunidades.

Hasta cierto punto esclarecida la situación y circunstancias militares del año 1895, a continuación nos adentramos propiamente en la acción bélica de tal año, correspondiente a las campañas militares siguientes, que naturalmente se integraron por una serie de planes, objetivos, operaciones y circunstancias de tiempo y lugar, determinantes de muchos combates, escaramuzas y otras actuaciones, que, hasta donde sea posible, mencionaremos, aquí, tomando por puntos de referencia las ocho siguientes campañas:

Primera: Campaña inicial, desde el 24 de febrero hasta el 29 de marzo y el 11 de abril de 1895, fechas esas en que desembarcaron en Cuba los jefes supremos, Máximo Gómez y Antonio Maceo.

Segunda: Campaña del General en Jefe Máximo Gómez.
Tercera: Campaña de Lugarteniente General Antonio Maceo.
Cuarta: Campaña del Primer Cuerpo (Este de Oriente).
Quinta: Campaña del Segundo Cuerpo (Oeste de Oriente.)
Sexta: Campaña del Tercer Cuerpo (Camagüey).
Séptima: Campaña del Cuarto Cuerpo (Las Villas).
Octava: Campaña de Invasión al occidente de la Isla.

Una breve síntesis de lo que fué cada una de esas campañas, con la escueta mención de sus principales acciones de guerra, es lo que intentamos apuntar a continuación; no sin antes advertir que en cuanto a las acciones de guerra se refiere, seremos cautos, tanto porque su detallada descripción y enumeración exigirían extensos relatos, como porque mucho enseñó ya la experiencia las dificultades que a la mente humana se ofrecen para apreciar con uniformidad de pareceres los hechos, aunque por visión directa se conozcan, siempre que más de una persona trata de exponerlos, por escrito o de viva voz.

Afirmados pues en tal supuesto, tanto como en lo que oímos, vimos o supimos de primera mano, cuando actuamos de ayudante de campo del general en jefe Máximo Gómez, y también por alguna otra labor de ordenamiento y recopilación, realizada a través de algunos años, para la ya escrita obra inédita que de esos acontecimientos trata, es como haremos referencia a cada uno de esas ocho campañas:

Primera:

Las primeras hostilidades militares que en los meses de febrero y marzo de 1895 tuvieron lugar entre las tropas españolas y los iniciadores de los pronunciamientos cubanos fueron:

1. El día 24 de febrero, Pedro Agustín Pérez, jefe local guantanamero, atacó y tomó personalmente al fuerte español de Sabana de Cobos.

2. Los días 24 y 25 del propio febrero, un grupo de hombres afectos al mando de Pedro Agustín Pérez, dirigidos por Enrique Tudela, asaltó y tomó otro fuerte español en Jatibonico. En otro asalto al fuerte del Toro fracasó, ante la resistencia enemiga.

3. El día 24 de febrero, Amador Guerra, perteneciente al co-

mando de Bartolomé Masó, atacó al destacamento español de Cayo Espino.

4. El día 25 de febrero, un grupo de las fuerzas de Pedro A. Pérez, al mando de Pedro Ramos y Enrique Brook, hostilizaron desde el Altozano de San Justo, en la villa de Guantánamo, al cuartel de la Guardia Civil española, situado en una de las márgenes del río Guaso. Consecuentemente, una contraofensiva española del batallón de Simancas atacó a ese grupo insurrecto, en Santa Cecilia, haciéndole tres prisioneros.

5. El 26 de febrero un grupo de exploradores de Martín Marero combatió en el Palmar de Boniatos, sobre la finca La Yuca, en el barrio de López y término de Jagüey Grande, con fuerzas españolas perseguidoras.

6. El grupo insurrecto de Aguada de Pasajeros al mando de Joaquín Pedroso fué atacado por fuerza enemiga de la Guardia Civil el día 26 de febrero en los Conucos de Santiago, quedando disperso y disuelto excepto la parte que se internó en la Ciénaga de Zapata, al mando de José Alvarez (*Matagás*).

7. El 28 de febrero a las 4 de la tarde un escuadrón de caballería española, dos compañías de infantería y un pelotón de guardias civiles españoles atacaron y dispersaron en Santa Elena al grupo insurrecto de Ibarra, que comandaban Juan Gualberto Gómez y Antonio Lopez Coloma.

Segunda:

Así como los novicios soldados de la libertad que carentes de dirección militar experimentada fueron perseguidos, hostilizados y dispersos por fuerzas españolas en los primeros días de febrero y marzo del 95, tal como ya referimos anteriormente (casos de Jagüey Grande, Ibarra y Aguada de Pasajeros) en cambio, los que tuvieron asistencia de jefes, oficiales, clases y soldados veteranos del 68, no solamente subsistieron, sino que, debidamente organizados, emprendieron inmediatamente la ofensiva que se les había ordenado: casos de Pedro Agustín Pérez, Tudela y Ramos ya referidos; los que pertenecían al pronunciamiento local de Guantánamo y aún el caso de Amador Guerra en Manzanillo, afecto al grupo de Bayate; quienes rindieron guarniciones enemigas y combatieron a campo traviesa. Situación esa que llevó a decir al general en jefe

español, don Arsenio Martínez Campos, al llegar a Cuba como relevo del general Calleja:

Encuentro esto mucho peor de lo que pensé, y estoy admirado, y no lo digo por exageración, de que en tan poco tiempo hayan ocurrido tantos encuentros con *partidas.*

¿Qué había ocurrido en los últimos días de febrero y primeros de marzo, para que Martínez Campos hiciera tamaña apreciación?

Pues, sencillamente, que además de las hostilidades referidas, el coronel Pedro Agustín Pérez, de Guantánamo, había combatido reciamente en Ullao y que el día siete siguiente, atacó y tomó el pueblo de Ramón de las Yaguas, aprisionando a su guarnición.

Además, una espectacular y eficiente incursión de Amador Guerra por todo el litoral del golfo de Guanacayabo, desde Campechuela hasta orillas del río Vicana, expresamente ordenada por Bartolomé Masó, había soliviantado el espíritu bélico separatista de esa comarca y sembrado el temor y la desconfianza general en los adictos a la soberanía española.

Después que Sablón Moreno (*Rabí*) combatió con éxito en Los Negros y en la sabana de la Yuraguana, una sucesión ininterrumpida de acontecimientos se precipitó, entre ellos los desembarcos de los hermanos Maceo por Duaba y de Gómez y Martí por Playitas; habiendo motivado esto último el gran combate de Arroyo Hondo, donde el bravísimo general José Maceo, noticiado de la situación topográfica de Gómez y Martí, acudió en su auxilio, encontrándose con la tropa española del coronel Copello, Comandante Militar de Guantánamo, quien con 500 hombres pretendió tomar anticipadamente el paso del río de ese nombre; e iniciado el combate a las once de la mañana, se extendió hasta más de las dos de la tarde, después de que el general José Maceo rechazó tres acometidas de Copello sobre el puente, con tan poco resultado para el ejército español, que con numerosos heridos y muertos abandonó el campo de la acción, de que se posesionó Maceo cuando tras los últimos disparos de esa tropa española en retirada, se producía allí la llegada del general Máximo Gómez y de José Martí.

Por lo ya bosquejado se puede llegar a la conclusión de que en los treinta y seis días decursados desde que en 24 de febrero comenzó la Guerra de Independencia, hasta que los generales Má-

ximo Gómez y Antonio Maceo llegaron al teatro de las operaciones, la revolución del 95 pasó del estado embrionario de alzamiento popular al de una organización defensiva y ofensiva; de manera tal, que cuando esos jefes arribaron a las playas de la Isla, encontraron dos unidades militares, las de Guillermo Moncada y Bartolomé Masó, bien organizadas y con capacidad combativa eficiente.

Tercera:

Emprendida por Gómez y Martí su marcha al Oeste, sobre Camagüey, ya el día 19 de mayo del propio año 95 llegaron a Vuelta Grande, donde se les incorporó Bartolomé Masó con 300 jinetes y donde, dos horas después, inesperadamente, se combatía con la tropa española del coronel Ximénez de Sandoval.

Esta acción de guerra fué la de Dos Ríos, en el término municipal actual de Palma Soriano, provincia de Oriente, donde a una arrolladora carga de caballería contra la vanguardia española, sucedió una fuerte contraofensiva de la infantería adversaria, cuyo concentrado fuego sobre el camino-callejón por donde la carga cubana había tenido lugar barría a ésta peligrosamente, con la máxima desventaja de que mientras esa infantería española se parapetaba detrás de cercas y arbustos, la caballería cubana resultaba magnífico blanco al descubierto.

Fué indispensable el retroceso hacia campo abierto, siendo entonces cuando Gómez, atareado en la lucha, supo de la muerte de Martí, por Miguel de la Guardia, joven impetuoso e inexperto que le había acompañado.

Una vez más sucedió en Dos Ríos lo peculiar de las guerras en todas partes, o sea, que a ellas se va a ganar unas veces y a perder otras.

Desde este fatal lugar emprendió Gómez su marcha, siempre hacia el Camagüey, y habiéndo atravesado el río Jobabo, delimitador de esa provincia con la de Oriente, pronto llegó a Sabanilla del Junco, en Camagüey, provincia ésta de sus grandes triunfos militares en la anterior guerra del 68 y de una muy grata acogida en el 95.

Cuarta:

El genial sentido militar de Máximo Gómez lo llevó a iniciar

de inmediato prácticas aplicaciones de organización y mando, para la mejor movilización y aprovechamiento de las fuerzas locales; a la vez que enseguida acometió una campaña comenzada por el asedio al pueblo de Altagracia sobre el ferrocarril de Nuevitas a Puerto Príncipe, cuya guarnición enemiga no pudo rendir, y en cambio perdió allí al general Francisco Borrero, su bravo subalterno. Sin embargo, el efecto moral de ese hecho sacudió al espíritu público local.

Ya el día 19 de junio macheteó a una fuerza de caballería enemiga, en La Ceja, camino de San Jerónimo. Y los siguientes días hasta el 22 atacó y tomó las guarniciones españolas destacadas en los pueblos de San Jerónimo y El Mulato, donde ocupó pertrechos de guerra y los prisioneros hechos fueron puestos en libertad, una vez curados los heridos.

El día 29 atacó a Cascorro, sin resultado, y sucesivamente, ya sobre el siguiente mes de julio, combatió en el ingenio Oriente y después en las sabanas del Ciego de Molina, contra una tropa española convoyera, a cuya vanguardia marchaba un regimiento de caballería armado de lanzas, en cuya parte superior flameaban pintorescos y alegres banderines, al andar de los soldados de caballería que los portaban.

De esta última fecha hasta el 8 de octubre, en que Gómez entregó el mando de la provincia al general José María Rodríguez, todo el esfuerzo concentrado suyo se aplicó a los máximos propósitos de (1) completar la organización militar; (2) preparar la asamblea constituyente de Jimaguayú; y (3) completar los preparativos del contingente invasor al Occidente.

Quinta:

El 22 de octubre emprendió Gómez su marcha hacia Las Villas, partiendo desde Ciego de Najasa en Camagüey, y ya el día 30 cruzó la trocha militar española de Júcaro a Morón, y el cuatro de noviembre informaba al presidente de la República sobre su favorable impresión acerca de la situación militar encontrada en Las Villas y su inmediato propósito de organizar el contingente local que habría de engrosar al de Oriente y Camagüey, ya en avance al Occidente, y sobre todo, que su situación en las Villas tenía por objeto llamar sobre sí la atención del enemigo, para aligerar al lugarteniente

Maceo, a su cruce por Camagüey, de toda presión militar que le obligara a combatir.

El 17 de noviembre atacó Gómez los cinco reductos fortificados de Pelayo, en Sancti Spíritus, los cuales tomó, haciéndose de rico botín de guerra; y en su continuada preparación del contingente invasor villareño llegó al momento ansiado de su conjunción con el lugarteniente Maceo, quien al frente de su contingente oriental llegó el día 29 de noviembre de 1895 al punto nombrado San Juan, donde se encontró con Gómez, y ya el día 30 siguiente tuvo lugar en Lázaro López una gran revista militar donde el presidente de la República, don Salvador Cisneros Betancourt, entregó al Ejército Invasor una bandera nacional con que acompañar los triunfos esperados, a la vez que el general en jefe Máximo Gómez, en su peroración del momento, auguró una campaña de durezas y sacrificios, sin embargo de lo cual reclamaba valor y constancia para triunfar.

Sexta:

Antes de sintetizar las campañas de la Invasión al Occidente y las de cada uno de los cuerpos de ejército ya organizados (1°, 2°, 3° y 4°) precisa hacerlo con la del lugarteniente Maceo en Oriente, el año 95.

Una vez llegado Maceo a Duaba el día 29 de marzo de 1895, en la goleta *Honor*, en compañía de su hermano José, Flor Crombet, Silverio Sánchez Figueras y otros, emprendió su peligrosa travesía hacia el centro de la provincia oriental; tarea ésta que resultó sobrehumana, porque la persecución que el coronel Pedro Garrido, jefe de las tropas irregulares de Guantánamo, veterano del guerrilleo local en el 68, a quien acompañaban guajiros de la región, fué de tal tenacidad y recursos, por aquellas sierras montañosas llenas de escabrosidades correspondientes a los términos de Baracoa, Guantánamo y Yateras, que logró asediarle y dispersarle peligrosamente, dando muerte a Flor Crombet y extraviando a su hermano José.

Rebasados esos riesgos, llegó Antonio Maceo a Vega Bellaca, donde asumió el mando militar de todas las tropas insurrectas de la provincia oriental; y buen conocedor como era del ambiente local y los resortes de la guerra, aplicó sus singulares aptitudes y su ex-

traordinario brío ofensivo, concentrando fuerzas y realizando espectaculares paseos militares por distintas jurisdicciones.

Ya sobre los días 20 y 23 de abril, Maceo hostilizó al enemigo en la vía férrea de Sabanilla a Moroto; el 15 de mayo se entrevistó con Gómez y Martí en La Mejorana, y después atacó al pueblo del Cristo y el día 13 libró la acción del Jobito, dando muerte al jefe de la tropa española, coronel Bosch.

Después efectuó un ostentoso despliegue militar por las jurisdicciones de Holguín, Gibara y Tunas de Bayamo, donde destruyó vías férreas y macheteó a una caballería enemiga, efectuado lo cual regresó a Sabanas de Baraguá.

El 13 de julio, ya sobre la jurisdicción de Bayamo, supo Maceo que el general en jefe español don Arsenio Martínez Campos, animado del propósito de realizar una "hombrada", se proponía salir de Manzanillo, en recorrido hasta Bayamo, escoltado por la tropa del general Santocildes; y de ahí que dispuesto a la lucha, entablara ésta en el punto nombrado La Caoba y continuadamente en las Sabanas de Peralejo, donde efectivamente derrotó al enemigo. Un incidente advertido durante dicha acción de guerra, consistente en haber oído un toque de corneta en el campo español, indicativo de "muerte de jefe", y cierta confusión en filas, tuvo pronta confirmación de que realmente había sido muerto el general Santocildes, jefe de dicha tropa.

No obstante haberse incorporado a Maceo, sobre el propio campo, dos escuadrones de caballería del regimiento Guá, que dicho jefe lanzó en persecución de la tropa española, que ya había iniciado su retirada en derrota hacia Bayamo, por las Sabanas de Peralejo, con abandono de equipos, heridos y muertos, no se le pudo dar alcance.

La resonancia de esta acción de guerra fué grande, a extremo tal que contribuyó en mucho al avivamiento del espíritu bélico, tanto como la victoriosa campaña del general Máximo Gómez en el Camagüey.

El 21 de julio tornó Maceo a operar sobre el ferrocarril de San Luis a Santiago de Cuba, atacando al ingenio Unión, combatiendo en Montonpalo y también en la finca Banabacoa, así como en los

paraderos de San Vicente y Boniato; en este último lugar atacó al tren ferroviario de San Luis, donde resultó herido el coronel español Sbikonski. Otra acción más libró en la finca Algodonal, del término de Alto Songo.

Otra acción de guerra del general Maceo en esta campaña del 95 en Oriente, fué la llamada del Jobito, cuando acudió en auxilio de su hermano José, contra quien el mando español destacó fuerte columna al mando del coronel Canellas sabedor éste de que José Maceo estaba enfermo, con pequeña escolta, en La Casimba.

Por fin de esta campaña libró el lugarteniente Antonio Maceo la acción de guerra de Sao del Indio, el 30 de septiembre del 95, con duración de treinta y seis horas de recia lucha, donde su hermano José atacaba por vanguardia y Antonio por retaguardia, logrando así el resultado feliz de la derrota española.

Séptima:

Las operaciones militares del primero, segundo y tercer Cuerpos, o sea las efectuadas al este y oeste de Oriente en el Camagüey, el año 95, fueron reducidas y opacadas, porque a los dos primeros Cuerpos se les quitó su mejor tropa, con destino al contingente invasor de Occidente; al tercero correspondió custodiar y defender al Consejo de Gobierno de la República en armas, allí radicado; y además afectó a esos tres Cuerpos el hecho de que se les movilizara de continuo por el Jefe del Departamento Militar bajo cuya dirección se realizaron la mayor parte de las operaciones en las provincias de Oriente y Camagüey.

Entre las escasas oportunidades que el Primer Cuerpo (este de Oriente) tuvo de actuar por sí, se contó el recibo y custodia de las expediciones que a su territorio arribaron procedentes del Extranjero y las acciones de guerra que su jefe, el general José Maceo, libró en Sagua de Tánamo, Santa Ana, Cauto Abajo, Palmarito, Corrales de Yao y macheteo de Guaniquiquí. El 5 de julio de 1896, murió este gran patriota, en la acción de Loma del Gato, después de lo cual ese cuerpo del ejército quedó afecto directamente al Cuartel General del Departamento.

El Segundo Cuerpo (oeste de Oriente) al mando del general José Sablón Moreno (*Rabí*), sucesor que fué del general Bartolomé Masó en ese mando, se encontró en análogas circunstancias que

las ya referidas del primero; no obstante lo cual atacó y tomó el pueblo de Baire, combatió en muchas acciones de guerra contra las tropas españolas que conducían convoyes de avituallamiento para sus guarniciones en Bayamo, y por medio del entonces coronel Carlos García Vélez, al mando de una columna volante, atacó y destruyó la importante vía fluvial de comunicaciones desde Manzanillo hasta Cauto del Embarcadero por el río Cauto.

El Tercer Cuerpo (Camagüey), además de su delicada y permanente custodia del Consejo de Gobierno y la concurrencia a las ya referidas concentraciones del Jefe del Departamento para operaciones militares que naturalmente se adjudicaban a ese alto mando, combatió el año 95 en Méjico, Ingenio Congreso (donde murió el teniente coronel Oscar Primelles), la Zanaja y Ciego de Najasa. Además le correspondió integramente el esfuerzo bélico de la campaña del general Máximo Gómez en Camagüey el año 95.

Octava:

Esbozadas ya las operaciones militares más importantes del Departamento Militar de Oriente, habremos de referir ahora las del Departamento Militar de Occidente, reducidas el año 95 al Cuarto Cuerpo (Las Villas), porque el Quinto y Sexto (Matanzas, Habana y Pinar del Río) se vinieron a formar en los primeros días de enero de 1896, a consecuencia del éxito de la campaña de invasión por Gómez y Maceo.

Ese Cuarto Cuerpo estuvo mandado por los generales Manuel Suárez, Carlos Roloff y Serafín Sánchez en el año 95. Los dos primeros realizaron poca actividad bélica, absorbidos por el empeño organizador. En cambio, correspondió al general Serafín Sánchez casi toda esa labor bélica, comenzando por el ataque y toma del fuerte español de Taguasco, con asistencia de Federico Toledo, José Legón y Rosendo García. La siguiente acción de guerra fué la llamada de Los Pasitos, y después realizó la voladura de un tren ferroviario que transportaba ganado, lo que tuvo lugar en Guasimal; combatió en Bergamota, Pozo Azul, Palo Prieto, Dos Caminos y otros lugares.

También la brigada de Remedios, integrante de este Cuarto Cuerpo, tuvo al valeroso jefe nombrado Basilio Guerra, que afecto al Regimiento Narciso como capitán, libró su primera acción de

guerra en Casa de Tejas, a manera de jalón inicial de otras muchas actividades heroicas que ese bravo jefe realizó después, a la extrema vanguardia del Ejército Invasor al Occidente.

En el mes de julio del propio año 95 y en el ingenio San José, la suerte adversa de las armas cubanas produjo la derrota y muerte del comandante Rafael Casallas, pronunciado en Vueltas, al frente de dos escuadrones de movilizados de Camajuaní, lo que privó a la Guerra de Independencia de un jefe de magníficas perspectivas.

Sin embargo, en la parte occidental de esta provincia villareña se produjeron crecidos y prometedores pronunciamientos en armas, que no obstante su escasa efectividad combativa inicial, cual siempre ocurre en los acontecimientos populares de ese orden, produjeron magníficos resultados en la jurisdicción de Cienfuegos, mediante los combates del Hoyo de Manicaragua, Salto del Hanabanilla y otros de relativa resonancia circunstancial. Y en la jurisdicción de Sagua la Grande, se destacó inicialmente el entonces comandante Roberto Bermúdez, realizando atrevidas y fructuosas incursiones al sur de la provincia de Matanzas, escoltando a los jefes Francisco Perea Garós y José Lacret Morlot, encargados de reanimar la lucha bélica en ese territorio, donde el fracaso de Martín Marrero y Joaquín Pedroso en Jagüey Grande y Aguada de Pasajeros, respectivamente, había debilitado y aun casi extinguido la revolución local. Consecuentemente, pronto se produjo el trascendente combate de Cayo Espino.

Novena:

Expuestos ya someramente los principales aspectos bélicos del año 1895 en las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas, donde España no pudo sofocar inicialmente la revolución patriótica de esa época, hablaremos del evento militar más importante de ese año y aún de toda la Guerra de Independencia, que fué la Campaña de Invasión al Occidente, que el 22 de octubre del 95 fué iniciada en Sabanas de Baraguá, por el contingente invasor que mandaba el lugarteniente general Antonio Maceo, y que mediante movimientos espectaculares a campo traviesa por las cinco provincias restantes, llegó al extremo occidental de la Isla, pueblo de Mantua, el 22 de enero de 1896, una vez engrosado en cada una de esas provincia por contingentes locales.

Los caudillos de esa gran proeza militar fueron el general en jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez y su lugarteniente general, Antonio Maceo, gloriosos vencedores, no obstante el parecer contrario de quienes, carentes de su genialidad, tanto presagiaron el fracaso.

Las copiosas lluvias que al inicio de ese empeño dificultaron las primeras marchas, pronto cesaron, y cuando el río Jobabo, línea divisoria con Camagüey, fué cruzado el 8 de noviembre del 95, alegre y optimista perspectiva ofreció la extensa llanura de esa provincia, donde las batallas gloriosas de la guerra del 68-78, denominadas Las Guásimas, La Sacra, Palo Seco, Naranjo, Sebastopol y otras, avivaron el espíritu bélico de los invasores, a quienes acompañaron a su extrema vanguardia dos fogosos regimientos de la caballería local, que al primer contacto ofrecieron al general Maceo un espectacular desfile, que llenándole de entusiasmo bélico le hizo exclamar: "¡Si en nuestro avance algún enemigo se interpone, carguen contra él briosamente!"

Ninguna incidencia bélica ocurrió en esa provincia del Camagüey, de modo que el 23 de noviembre ese contingente invasor cruzó la trocha militar española de Júcaro a Morón, rumbo a Occidente, y el siguiente día 24 se reunió con el general en jefe Máximo Gómez, en San Juan.

De ahí en adelante ambos caudillos ajustaron su avance a la consigna de "avance continuo al Occidente; no importa frente sucio; marcha acelerada".

Al atravesar ese cuerpo invasor las provincias de Las Villas, Matanzas, La Habana y Pinar del Río tuvo necesidad de combatir rudamente en sucesivas acciones de guerra que el ejército español provocó. Mas siempre culminaron en la derrota estratégica del general Martínez Campos, jefe superior del mando español; y de ahí el acercamiento a las puertas de la capital habanera, la gran emoción bélico-política popular, el fracaso militar español, la llegada a Mantua, extremo occidental de la Isla y la impresión que tal acontecimiento produjo en los estrategas militares extranjeros.

La extensión que alcanza este trabajo y la divulgación de los hechos de esta resonante campaña ya realizada por otros

escritores, nos llevan a prescindir de describirla una vez más, por lo que nos limitamos a terminar con las siguientes conclusiones:

Primera: En el año 1895, primero de la Guerra de Independencia, ocurrieron *inicialmente*, seis alzamientos en Oriente, otros tantos en Camagüey, tres en Las Villas, tres en Matanzas, uno en La Habana y dos en Pinar del Río.

Segunda: La fecha inicial de esa guerra fué la del 24 de febrero de 1895, y la de su terminación oficial fué la del 21 de febrero de 1898. Total: cuarenta y un meses y dieciseis días.

Tercera: De las cuatro guerras separatistas cubanas, esta última de Independencia fué la de mejor organización militar y mayor extensión de mística patriótica; elementos que permitieron el prodigio de que treinta mil hombres de una improvisada milicia popular, mal armada y peor equipada, triunfaran sobre trescientos mil soldados regulares europeos, bien equipados y mejor instruídos en el arte militar.

Cuarta: El Ejército Libertador cubano del 95-98 hizo guerra de movimientos, de trincheras, de montaña y de guerrillas.

Quinta: Junto al valor físico suicida de los cubanos en armas contra la soberanía española, estuvo esa mística patriótica ya referida, que a manera de poderosa fuerza moral es la que tanto en Cuba como en todas partes produce el triunfo en los grandes empeños humanos.

Sexta: En esa heroica etapa bélico-patriótica del 95 al 98, Cuba produjo sensación mundial de asombro en los estadistas egoístas, de admiración en los estrategas militares y de simpatía en los verdaderos demócratas, que, amantes de la libertad y de la independencia para hombres y pueblos, anhelaron el triunfo de sus principios e ideales.

Indice

Pág.

Nota Preliminar 7

Dos Efemérides Gloriosas, por *Emilio Roig de Leuchsenring* 9

Organización de la Guerra. El 24 de Febrero, por *Félix Lizaso* 25

Ideario de la Revolución, por *Emilio Roig de Leuchsenring* 41

Operaciones Militares Cubanas, por *Miguel Varona Guerrero* 59

13.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—III. José Silverio Jorrín o la timidez política, por **Elías Entralgo**; Angustia y evasión de Julián del Casal, por **José A. Portuondo**; Vicente Escobar, uno de los precursores de la pintura en Cuba, por **Evelio Govantes**; Félix Varela, "el primero que nos enseñó a pensar", por **Roberto Agramonte**.

14.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—III.

15.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—IV. Antonio Medina, el Don Pepe de la raza de color, por **Angelina Edreira de Caballero**; Juana Borrero, la adolescente atormentada, por **Angel I. Augier**; José Manuel Mestre. La Filosofía en La Habana, por **Carlos Rafael Rodríguez**; Arango y Parreño. *Ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba*, por **Enrique Gay-Calbó**.

16.—Heredia en La Habana, por **Francisco González del Valle**.

17.—Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico, por **Emilio Roig de Leuchsenring**.

18.—Morales Lemus y la Revolución de Cuba, por **Enrique Piñeyro**. (Con un estudio preliminar por **Enrique Gay-Calbó**).

19.—La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895. (Con notas para un ensayo biográfico-interpretativo por **Emilio Roig de Leuchsenring**).

20.—El sesquicentenario del Papel Periódico de la Havana. 1790-1940.

21.—Homenaje al ilustre habanero Nicolás José Gutiérrez en el cincuentenario de su muerte. (1890-1940).

22.—Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942.

23.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 1.—Colonialismo, por **Enrique Gay-Calbó**; Reformismo, por **Miguel Jorrín**; Anexionismo, por **Herminio Portell Vilá**; Autonomismo, por **Mario Guiral Moreno**.

24.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 2.—Independentismo. I.—Movimientos anteriores a 1868, por **Manuel Bisbé**. II.—De 1868 a 1901, por **Emilio Roig de Leuchsenring**.

25.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. I.—Varela, más que humano, por **Francisco G. del Valle**; Valoración filosófica de Varela, por **Miguel Jorrín**; Posición filosófica de Varela, por **Antonio Hernández Travieso**.

26.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. II.—Significación literaria de Varela, por **José Antonio Portuondo**; Varela pedagogo, por **Diego González**; Varela revolucionario, por **Enrique Gay-Calbó**.

27.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. III.—Félix Varela y la Ciencia, por **Manuel F. Gran**; Ideario y conducta cívicos del Padre Varela, por **Manuel Bisbé**; La idea teológica en la personalidad de Félix Varela, por **Domingo Villamil**.

28.—Vida y pensamiento de Félix Varela. IV.—Varela en "El Habanero", precursor de la *revolución cubana*, por **Emilio Roig de Leuchsenring**; La ortodoxia filosófica y política del pensamiento patriótico del Pbro. Félix Varela, por **Mons. Eduardo Martínez Dalmau**.

29.—El cincuentenario del 95. I.—Dos efemérides gloriosas, por **Emilio Roig de Leuchsenring**; Organización de la Guerra. El 24 de Febrero, por **Félix Lizaso**; Ideario de la Revolución, por **Emilio Roig de Leuchsenring**; Operaciones militares cubanas, por **Miguel Varona Guerrero**.

Las publicaciones de esta Oficina no se venden; se reparten gratuitamente por la Administración Municipal de La Habana a las personas que las solicitaren por escrito de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Palacio Municipal.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

SECCIONES

Archivo Histórico Municipal.

Libros de Actas Capitulares desde 1550.

Biblioteca Histórica Cubana y Americana.

200,000 volúmenes, propiedad de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Museo de la Ciudad de La Habana.

(ABIERTOS AL PUBLICO DE 8.30 A. M. A 12.30 P. M.)

Publicaciones:

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana.

Historia de La Habana.

Cuadernos de Historia Habanera.

Colección Histórica Cubana y Americana.

PALACIO MUNICIPAL

LA HABANA

CARDENAS Y CIA. - AVE. DE BELGICA 568 - HABANA